

A.C.N. DE P.

AÑO XXXIV

15-31 de mayo de 1958

NUMS. 633-634

Depósito legal: M. 244-1958

LOS CATOLICOS ANTE EL MUNDO DE 1958

Volvemos en este boletín del mes de mayo a la documentación del II Congreso Mundial para el Apostolado de los Seglares. Con la que ahora ofrecemos la damos por terminada.

Es la visión panorámica de la situación de los católicos ante el mundo de hoy, tal como la ofrecieron en el Congreso de Roma los representantes de diversos países y de diferentes obras de alcance internacional.

Esta contemplación hace que nos entre por los ojos la auténtica catolicidad de la Iglesia, que veamos viva la realidad del Cuerpo místico. Nos ha de ser extremadamente útil para intensificar nuestra conciencia de unidad y nuestro espíritu de colaboración al sentirnos miembros de un mismo cuerpo.

Pero al mismo tiempo creemos que a nosotros, católicos españoles, nos trae algunas lecciones especialmente provechosas. Una de ellas, considerar con qué denuedo se trabaja en cualquier parte del mundo para hacer que el mensaje cristiano encarne en las realidades temporales. Otra, la fundamental, a nuestro juicio, ver que en todas partes se considera como arma apostólica decisiva el valor del testimonio personal. Menos palabras, menos proyectos verbales. Más vida cristiana auténticamente vivida por cada uno en lo privado y en lo público, en la familia y en la profesión.

Veán nuestros lectores lo que a este propósito dicen los representantes de todos los países. Ellos nos recuerdan que es muy difícil que los no católicos puedan tener contacto directo con un sacerdote y que han de ser precisamente los seglares católicos los que con su conducta han de atraer a la fe verdadera con su ejemplo a los que no la conocen o no la practican.

También en nuestros viejos países católicos existen muchos que, aun viendo físicamente cerca de los minis-

OLVIDO DE LA CARIDAD

Relación de Monseñor RODHAIN

I

En un país de Europa central, bajo el régimen comunista, un sacerdote fué llevado a un campo de concentración con varios centenares de hermanos suyos en el sacerdocio.

Buscaron juntos las causas que hicieron que su país cayese tan rápidamente en el comunismo. En un capítulo titulado "Nuestra falta" exponen las fallas del clero.

A la luz de ese recogimiento que da la cautividad ponen, entre otras tres razones, en primer término la pérdida de la caridad: "Hemos descuidado la caridad."

leyendo este examen de conciencia se cae en la cuenta de su ponderación y de su falta de toda exageración.

No se trata de olvidar de repente esa invisible cadena de oro que, de un modo permanente, ata en la Iglesia actos de caridad insospechados. No me olvido de la enfermera, religiosa o seglar, que cuida, lava, da de comer día y noche a sus enfermos; de la madre de familia, que se afana, cuida, alimenta, lava a sus hijitos, demasiado traviesos, o al abuelo inválido.

No, no se trata de olvidar este ejercicio oscuro y permanente de la caridad.

Se trata de lo siguiente: Cuando hay que preparar a un niño o un militante, ¿qué lugar le damos a la actividad caritativa entre las tantas y tan oportunamente variadas actividades apostóli-

cas de nuestros días? ¿Qué perspectivas le abrimos hacia una vocación de caridad?

II

Me coloco detrás de los textos pontificios. El radiomensaje de Navidad de 1952, enteramente consagrado a la miseria y a las formas de la caridad, sus nuevas estructuras internacionales, el carácter permanente del ejercicio libre, personal, de la caridad. Luego, textos cada vez más apremiantes acerca del puesto de la caridad.

La idea es recogida y ampliamente desarrollada en un discurso pronunciado hace unos días, el discurso del Sumo Pontífice a la Unión Mundial de Mujeres Católicas: "Sabéis bien que el apostolado católico no es la simple transmisión de una doctrina, de un conjunto de exposiciones dogmáticas y reglas de conducta. Por necesaria que sea tal doctrina, no hay más que poner un fundamento: lo esencial está en las prácticas de esas verdades, en la caridad viviente, inspiradora de obras y requisito absoluto para la plenitud de la fe."

III

El estudio de la caridad, la búsqueda de una pedagogía de la caridad, es oportuna, en fin, porque hemos de preparar el diaconado del año 2000.

La caridad de hoy es la justicia de mañana.

La caridad tiene la mirada de precur-

tros del Señor, se hallan separados de ellos por un invisible pero real abismo difícilmente franqueable. Los seglares somos los llamados a ser los hombres-puente que acerquen a la Iglesia a tantos de nuestros hermanos que viven ausentes de ella. Somos los llamados y seremos eficaces a condición de que vivamos nuestra vida cristiana con autenticidad rotunda.

Bien está predicar la verdad cristiana, porque la fe entra por el oído.

Pero es mucho más necesario vivirla. El mundo de hoy—lo ha dicho reiteradamente el Papa—, más que apologistas, necesita testigos. Testigos de la vida cristiana en todas y cada una de nuestras horas, en todas y cada una de nuestras actividades.

Sólo con esta condición seremos—con la gracia de Dios—apóstoles auténticos; de otra manera formaremos parte del coro de escandalosos. ¡Y ay de aquellos por quienes venga el escándalo!...

La expectación del mundo de hoy

Exposición del representante francés Dr. JOSEPH FOLLIET

¿Qué es lo que el mundo contemporáneo espera de la Iglesia católica? Aun en nuestro Occidente impregnado de cristianismo, donde los recuerdos cristianos salen a cada paso, donde las cruces jalonan los caminos y las catedrales señalan el corazón de las ciudades, si juzgamos por las apariencias, nada se espera. A las palabras de los misioneros, al gesto de los testigos, a veces trágicos hasta la efusión de sangre; a las invitaciones y a las obras de los constructores cristianos que levantan una ciudad mejor, el mundo responde con una indiferencia de plomo, al mis-

sor; adivina las necesidades, la expectación de apóstoles del año 2000. ¿Quién, pues, se adelantará a amar y a cantar el mundo de los átomos—mi hermano el átomo—y de las reacciones nucleares, como San Francisco cantó al Señor reflejado en el sol y en la luna. ¿Esto es poesía? De ninguna manera. Las instituciones internacionales de un mañana no lejanos preguntarán por los responsables. Estos tendrán entre sus manos el hambre o la saciedad de continentes enteros. ¿Dónde está el Agustín moderno que nos bosqueje la arquitectura audaz de instituciones caritativas que permitan a la Iglesia del año 2000 estar presente al servicio de los apóstoles y del apostolado, como lo estaban los diáconos de la Iglesia primitiva?

No he dicho una palabra acerca de las realizaciones actuales de caridad. Lo he hecho expresamente, puesto que en materia de realizaciones creo cada vez más en ese trabajo interior de la caridad constructora del apostolado.

He aquí a mi vecino no solamente enfermo, sino con una poliomielitis irremediable, que evolucionará en tres meses. ¿Qué le puede dar la justicia a este agonizante? La justicia social le habrá ayudado eficazmente durante toda su vida, pero en este instante—y todos nosotros seremos un día u otro este agonizante—ya no tiene nada más que decirle. He aquí otro vecino abandonado por su mujer y repentinamente solo con sus tres hijos y su dolor. Ninguna medicina, ninguna legislación social podrá aliviárselo. Su pena—y toda vida humana es una larga pena—escapa a todos los sistemas políticos, técnicos y sociales.

¿Quién será el que ame a uno u otro de éstos para que en él reconozcan la economía de la redención? ¿Quién reflejará suficientemente al Redentor amante para hacerles adivinar al Redentor presente? Me decís que ese tal, a fuerza de darse y empeñarse, practica la caridad. No; digo que la caridad practica en él, obra en él. Se dice que él ejerce la caridad. No; es la caridad la que se ejerce en él.

El ejercicio de la caridad auténtica hace crecer la vida cristiana en el laico que se entrega a ella. Dios es caridad. Dios engrandece y ensancha el alma del que se entrega a la caridad o a El. La caridad es un misterio. El ejercicio de la caridad es a la vez un ascetismo y una contemplación. Por esto precisamente el ejercicio de la caridad es un medio—y no de los menores—del crecimiento de la vida cristiana en los laicos de hoy.

mo tiempo pesada y blanda, con un silencio que proclama la muerte del espíritu y hasta de la curiosidad, con una ignorancia sin aspiraciones, peor que la ignorancia pagana, porque cree conocer y no conoce nada o no quiere conocer. Hay momentos en que la voz del Soberano Pontífice, hasta cuando indica el camino en las encrucijadas de vida y de muerte, o bien cuando espera el movimiento espontáneo de la conciencia humana, parece resonar en la gran nave desierta de una basílica olvidada.

Una contradicción de esperanza y desesperanza

Pero ¿tenemos que atenernos a estas apariencias? Como hay flores que se abren camino en la nieve, ¿no habrá, bajo las apariencias de inercia, indicios que nos permitan juzgarlas engañosas? Parece significativo que uno de los más esclarecidos entre los sociólogos franceses, agnósticos y de origen judío pongan en el exergo de un reciente trabajo una frase de Su Santidad Pío XII. Esta actuación revela una expectativa y unas esperanzas que no son simplemente las de un solitario. En efecto, a lo largo de unos años fecundos de miseria y de dolor, llenos de situaciones desesperadas y aparentemente insolubles, ¿cuántas veces hemos visto venir hacia nosotros judíos, protestantes, musulmanes, indiferentes, escépticos, hasta militantes del ateísmo, para pedirnos no nuestras pobres luces, sino las de la Iglesia, de las que nos hacían el honor de creernos sus reflejos? Las emisiones religiosas de la radio y de la televisión, las películas de inspiración cristiana llaman la atención de las gentes. Las obras religiosas, aun las difíciles, encuentran un sinnúmero de lectores, y las ediciones católicas de la Biblia llegan a ser lo que los editores americanos llaman las "best-sellers". Cuando un padre Lombardi habla, las multitudes italianas acuden. Si un abate Pierre predica una cruzada de caridad, las masas francesas le abren no solamente sus corazones, sino también sus bolsillos. Los Estados Unidos interrumpen su febril actividad para escuchar a Thomas Merton que habla de la vida contemplativa. Desde Escandinavia descristianizada, donde la práctica religiosa es tal vez la más débil de un mundo en otros tiempos cristianos, salen un Johannes Joergensen y una Singrid Undset. A la voz de monseñor Cardijn, millares de jóvenes obreros venidos de todo el orbe llegan a Roma.

Contradicción que responde a una realidad espiritual

Las contradicciones entre las dos hojas de este díptico no sólo provienen de la ilogicidad de los hombres o de la complejidad de su alma; corresponde más bien a las contradicciones internas de un tiempo borrascoso donde chocan entre sí, con un ruido de trueno, las esperanzas, las ilusiones, las decepciones, la cólera y los pánicos.

Dueños de la naturaleza, como no lo han sido nunca, libertadores y dominadores de la energía que dormita en la entraña del átomo, vencedores de los tiempos y del espacio, dispuestos a crear de nuevo la vida en sus laboratorios y a rehacer mediante su psicología las almas cuyas profundidades han

sondeado, los hombres pueden alimentar esperanzas prometedoras.

¿Qué significará la gracia en esta humanidad completa y perfecta? Dios, ¿para qué?... Las novelas de vanguardia, últimos avatares de la inmortal mitología, reproducen los ecos de aquellas esperanzas desmedidas.

¿Por qué, en estas mismas novelas, se presiente, cuando el autor no abdica en nada de sus derechos críticos, una ironía latente, una sorda inquietud y como el deslizarse del reptil bajo las hojas del paraíso terrestre? Es que en el mismo instante en que los descubrimientos del espíritu humano ensanchan las posibilidades hasta lo imposible y las esperanzas temporales hasta la megalomanía, un viento de invierno, glacial, violento y sin piedad derriba los ídolos que el hombre se ha forjado con sus manos, después que sus profetas le hubieran anunciado la muerte de Dios. Un crepúsculo de ídolos desciende sobre la tierra. El huracán se lleva como hojas muertas los mitos de que vivía el pensamiento occidental desde el siglo de las luces.

Habiendo robado el fuego del cielo, Prometeo se da cuenta de que aquel fuego no es un mito, sino una realidad que quema, incendia y lleva en sí la venganza misma del cielo desafiado. Los mitos se hunden.

He aquí el tiempo de la razón, que puede ser el de la fe, porque la fe no se opone a la razón como no se opone la gracia a la naturaleza; antes, la completa, la fortifica y le franquea los paisajes eternos. Los ídolos se pulverizan en las manos que se aferran a ellos. He aquí el tiempo de la Iglesia.

El mundo espera nuestro testimonio de lo absoluto

Ahora bien: ¿qué es lo que se espera de la Iglesia y de cada uno de nosotros, los católicos, en la medida en que la representamos ante nuestro prójimo? Desde luego, nos parece que el mundo espera de nosotros el testimonio absoluto de la verdad divina, del Dios que es verdad subsistente; aquel testimonio que en el silencio de sus desiertos los monjes de la cartuja llevan, si se puede emplear este término hasta su paroxismo, pero que todo cristiano tiene también que responder según sus medios y su vocación, puesto que, abatido por el esplendor de un Dios celoso, ha renunciado para siempre a los ídolos.

¿Qué es la idolatría sino la adoración de un relativo, hipostasiado y divinizado, sea el ídolo de oro, de madera, de conceptos o de palabras? Postrarse ante un fetiche o ante una abstracción supone una diferencia de grado, no de naturaleza, y el ídolo abstracto exige con frecuencia más sangre que el abominable Moloch. Desde el advenimiento del racionalismo y del naturalismo se ha evolucionado hasta el idealismo o el materialismo, y el espíritu humano vive en la relatividad sin ver más allá de ella; es decir, vive en un barullo de relatividades que se entrecruzan, sin que sea posible encontrar un orden entre tanto caos. Privado de otros guías que no sean sus vacilantes luces, el hombre de hoy hace pensar en un viajero perdido. Imposible recobrar el camino; habrá de sucumbir bajo el hambre y el frío. Como el corazón del hombre no

pierde jamás totalmente ni el sentido de lo sagrado ni la necesidad de lo absoluto, experimenta la tentación insuperable de exigir como ídolo a una de sus realidades relativas. Pero el ídolo no tarda en desengañar a su fiel. Espejismo en el desierto, fuego fatuo de un pantano, se desvanece abandonando al hombre a su soledad y a su miedo.

Nuestra afirmación de lo absoluto y de la trascendencia, como el rayo de un proyector, traspasará y ordenará las tinieblas de los relativos hacinados, consolidará lo que oscila y titubea, enseñará a los hombres que sin referencia a una verdad absoluta, eterna y subsistente las verdades aprehendidas por la razón resultan parciales y provisionales, sometidas al flujo y reflujo de una dialéctica sin fin, y que no adquiere su valor sino en relación con esta verdad, inteligencia creadora de Dios que garantiza a la inteligencia humana, hecha a su imagen, la inteligibilidad de la naturaleza. Nuestras palabras y nuestros actos mostrarán también que sin reverencia a una ley absoluta, identificada como el absoluto divino, ya no hay para el hombre acción recta y segura, sino que toda decisión moral parece sierva de los prejuicios, de las pasiones o intereses, entregada a la gratitud arbitraria o a la utilidad sordida. La vida humana se convierte entonces en un ciclo neutral donde se trabaja para comer, donde se come para trabajar y donde se introduce a los hombres en la sociedad para que giren, sin fin, en el mismo círculo, y que la sociedad, a su vez, no es más que una guarida de bandidos sin fe ni ley, o una colosal estufa colectiva, que exige el sacrificio de las generaciones actuales a cambio de una felicidad prometida para un mañana siempre aplazado y mendaz, adornado con los colores de la trascendencia. Sólo la afirmación de lo absoluto da consistencia y solidez, rectitud y eficacia a los actos humanos nacidos de la conciencia moral; sólo ella imprime un sentido a la vida, aun a las vidas más oscuras y más desgraciadas, porque obliga al hombre que levante los ojos al cielo a huir de los determinismos de la relatividad y porque le aseguran que en lo infinito y en lo eterno ni una sola gota de sus sudores o de su sangre se perderá. Sólo la afirmación de lo absoluto garantiza a las comunidades humanas una fe, es decir, la fidelidad a los pactos, y una ley, es decir, un orden jurídico aceptado por todo en atención a la existencia común; sólo ella fundamenta la estabilidad y la seguridad de las relaciones sociales; sólo ella defiende al ciudadano contra la tiranía de los poderes y al poder contra la anarquía de los ciudadanos; sólo ella puede asentar sobre la justicia el orden de las ciudades temporales y la paz entre las ciudades. Lo absoluto garantiza lo relativo, lo que no pasa nunca es lo que responde de lo que pasa y muere.

Al instante vemos cómo la Iglesia católica responde a una de las aspiraciones fundamentales de nuestra época: la defensa y el desarrollo de la persona humana.

Pero no se protegerá, no se desarrollará la persona si no se tiene de ella una noción justa, y esta noción requiere la referencia a lo absoluto; de otra manera, la estimación de la persona oscilará sin descanso entre el cero y el infinito: el cero de los colectivismos opresores, el infinito de los individualismos anárquicos. Lo absoluto adorna a la persona de la eminente dignidad de que hablaba León XIII, puesto que **Beva** sobre la frente su reflejo lumino-

so, y la somete a los deberes y a las jerarquías que condicionan su integración, dada la contingencia y la relatividad de la persona en su relación filial con el Absoluto divino.

Seamos, por tanto, testigos de lo absoluto. Porque en el momento que el mundo exige de nosotros este testimonio, algunos cristianos se dejan todavía seducir con retraso por unos ídolos prescritos o unas mitologías crepusculares. Nosotros tenemos que mostrar mucho ánimo e intransigencia para negar nuestro grano de incienso a cualquier ídolo; mucha prudencia y caridad intelectual para discernir la verdad relativa que se oculta detrás de la mentira del falso absoluto. Tendremos tanta más fuerza para afirmar estas verdades relativas, sacadas a la luz por nuestro tiempo, cuanto mejor conozcamos sus límites y tanto más seremos de nuestro tiempo cuanto más nos volvamos hacia lo eterno. La elección entre la actualidad y la eternidad es una falsa alternativa. Aunque el mundo nos persiga porque no nos arrodillamos ante sus divindades efímeras, nos perdonaría todavía menos una traición a lo absoluto, y tendría razón.

El mundo espera que le transmitamos íntegro el mensaje de Cristo

¿Qué es, por tanto, lo que el mundo contemporáneo espera todavía de la Iglesia y de nosotros, sus hijos? Espera que le transmitamos en su integridad y en su fuerza el mensaje de Cristo, que le mostremos aquel agua viva de la que su sed tiene necesidad.

El mundo suspira en pos de una liberación, pero la concibe como un desencadenamiento de los instintos, exentos de toda regla, de suerte que, por las exigencias inevitables de la vida en sociedad, estos intentos de liberación, tras de momentos de licencia y anarquía, se saldan con redoblamientos de coacción cuando no con una nueva esclavitud. Y, sin embargo, este impulso hacia la libertad es el honor del hombre, porque viene de una naturaleza hecha a semejanza de la libertad divina. El cristianismo enseña al hombre el secreto de la libertad, y que no hay libertad sin redención, y que la libertad no se recibe, sino que se conquista esforzadamente, y que el hombre solo es impotente para conquistar esa libertad que vislumbra, pero que hace falta la ayuda de la gracia, injertando sobre el libre albedrío del hombre la libertad de Dios. Le enseña que la libertad, ante todo interior y espiritual, arranca al hombre de la esclavitud del pecado y de la tiranía del demonio y le libera de la triple concupiscencia, y que se logra aquella con la sumisión de la carne y sus instintos a la razón y de la razón a la Verdad, que es Dios. Sin esta libertad profunda, las libertades externas no son sino fantasmas. En el siglo pasado, ebrio de libertad, intoxicado de ideologías liberales, el catolicismo tomaba, a los ojos de muchos, el aspecto de una religión de sola autoridad, obstáculo para las liberaciones individuales o colectivas. En nuestra sociedad colectivista, organizadora, planificadora, autoritaria, es decir, totalitaria, donde, según una célebre expresión, el hombre que reclama más autoridad es un borracho que pide otra vez vino, el catolicismo, que resiste a las presiones de las masas como a los abusos de los Estados invasores, aparece como el campeón de la libertad humana, de la libertad del espíritu y de las libertades particulares, que son sus auxiliares indispensables. No ha cambiado de doctrina;

continúa repitiendo incansable la naturaleza, las condiciones y el precio de la libertad.

La búsqueda de un auténtico humanismo

En pos de su libertad, nuestro mundo busca un nuevo humanismo, una concepción y un estilo de la vida humana que, de acuerdo con las estructuras presentes, incorporados a las instituciones, a las costumbres y a las representaciones colectivas, permitan a los hombres verificar, en el equilibrio, las virtualidades de las personas y de la especie. Pero, alucinados por una falsa imagen del hombre, nuestros contemporáneos o se vuelve hacia el pasado, y entonces su humanismo se reduce a una especie de nostalgia ineficaz, o rompen con el pasado, y sus humanismos desarraigados zozobran en el exceso, cuyos castigos inevitables son el farcaso y la desilusión. Y se llega a tanto, que, desesperados, algunos de los pensadores más atrevidos de nuestros contemporáneos terminan por volverse con rabia no sólo contra las realizaciones decepcionantes, sino también contra la idea misma del humanismo, refugiándose en una indiferencia neostoicista, de antemano resignada a la quiebra de todas las esperanzas. El antihumanismo conquista incluso algunos cristianos, llevados, bajo el pretexto de un ideal puro, a renegar de aquella gran tradición que afirma la belleza del Hijo del hombre y de todos los hombres, sus hermanos segundogénitos; la hermandad del ser humano con la creación entera, la elevación al mismo tiempo ontológica e histórica de la naturaleza hacia el hombre y, por la Encarnación redentora, la ascensión de la humanidad hacia Dios; la trabazón indisoluble entre la cruz y la Resurrección, las tinieblas y lágrimas del Viernes Santo y la luz y la alegría pascuales. Pero la misma rebelión contra el humanismo no es, en el fondo, sino la vuelta de un amor frustrado. Es nuestro deber volver a enseñar a la humanidad el camino del verdadero humanismo, ruta que no se acaba en la tierra y que pasa por la colina donde se proclamaron las bienaventuranzas como por la otra colina, donde se levanta la cruz. Tenemos que mostrar que todo humanismo si rehúsa la abertura de Dios y la Gracia, para encerrarse en sí mismo, muta a la humanidad, y que si rechaza el sufrimiento y blasfema contra la esperanza, condena a los hombres a una sobrecarga de dolores inútiles. Así como la libertad es abnegación y despojamiento, del mismo modo el verdadero humanismo exige la muerte del hombre a sí mismo y su nuevo nacimiento por una resurrección con el Cristo, Hijo del hombre.

Explicación cristiana de la "civilización del trabajo" y de la "civilización del descanso"

Este humanismo del hombre, total, cuerpo y espíritu, naturaleza y gracia, puede, en fin, dar su pleno sentido a expresiones que condensan algunas realidades y algunas esperanzas del presente. Sin él corren peligro de no ser más que nuevas palabras o ironías. Así, respecto de la "civilización del trabajo", que desde hace siglos se edifica en el Occidente y hace, a veces, el efecto de una amarga ficción, En un humanismo cristiano, el trabajo, como el gesto augusto del sembrador, se prolonga hasta las estrellas y aún más allá de las estrellas, porque el trabajador colabora a la obra creadora del Padre y el acto redentor del Hijo, ya que hace volver hacia Dios la creación después de haberla perfeccionado,

Así también en la "civilización del descanso" que preparan, sin duda alguna, la motorización, la mecanización, la automatización y la multiplicación maravillosa de la energía. Sin un humanismo cristiano, los descansos tienen el peligro de no ser más que un ocio y la sustitución de la esclavitud industrial por la tiranía de la inercia. En un humanismo cristiano, la civilización del recreo se levantaría a la dignidad de la contemplación.

Humanismo cristiano y "promoción de la mujer"

Igualmente, en el movimiento fuerte y continuo hacia lo que se llama la "promoción de la mujer". Fuera de un humanismo cristiano, la promoción femenina corre el riesgo de no ser otra cosa que una abstracción engañosa que conduce bien a la masculinización de la mujer y, por lo tanto, a un empobrecimiento de la especie humana, que no desarrolla sus virtualidades sino mediante la cooperación de los sexos complementarios, bien a una frustración de la mujer, privada del desarrollo propio de su persona femenina, engañada, escarnecida, reducida al estado de objeto de placer o de instrumento de trabajo, inevitablemente sublevado. En el humanismo cristiano, la promoción de la mujer se lleva a cabo en el seno de familias fundadas sobre el respeto recíproco, donde, por la imitación de la familia de Nazareth, los esposos, bajo las jerarquías funcionales del ser familiar, experimentan con amor su fundamental igualdad, como personas, y las diferencias que los hacen complementarios.

La dignidad de la castidad

Aquí, además, el catolicismo viene otra vez en ayuda de la mujer, de la familia y de nuestro tiempo, con la exaltación de la castidad, que, según una lógica espiritual, llega hasta la exaltación de la virginidad. Por el progreso de las ciencias y de las artes médicas, nuestra época se encuentra frente a un problema de población cuya novedad no tiene precedente. Es ya imposible abandonar la procreación al solo juego del instinto y de la costumbre. Una regulación de la natalidad se impone: la obediencia del instinto a la razón. Pero los procedimientos antinaturales del control de la natalidad, lejos de subordinar las potencias instintivas a las facultades racionales, someten en definitiva la razón al instinto, cuyo dominio será tanto más duro cuanto menos temen los individuos y los matrimonios las consecuencias naturales de sus actos. Estas prácticas llevarían al mundo a una prostitución legal y generalizada. La única solución humana se encuentra en una disciplina del instinto que asegure la regulación de los nacimientos. A pesar de éstos, los extraviados de una civilización mercantil, publicitaria e individualista, que un filósofo ha podido calificar de afrodisiaca —y nos preguntamos a veces si, como Sodoma y Gomorra, nos atrae el fuego del cielo—, hacen parecer como casi quimérica la eventualidad de un dominio del hombre sobre sus instintos. Oponiéndose a esta civilización degenerada, rehusando los procedimientos mecánicos del control de los nacimientos, invitando a todos los estados de la vida a la castidad, ponderando la grandeza de la virginidad consagrada, la Iglesia rinde a la especie humana, al "homo sapiens", cuya razón fundamenta la diferencia específica, uno de los más grandes servicios que se le pueda rendir con nuestros días. Una vez más, la

Iglesia es portadora de un humanismo verdadero.

El mundo espera nuestro testimonio de amor

La sangre que vivifica al humanismo cristiano es la misma que, brotando de las llagas de Cristo, pasa por las venas de la Iglesia: la caridad. También aquí nuestro tiempo espera a la Iglesia. En primer lugar, porque sufre de una espantosa falta de amor y porque la caridad es el amor llevado hasta la locura.

Y a pesar de todo, la necesidad de amor permanece anclada en el corazón de los hombres, de cada hombre que quiere ser amado particular y nominalmente, como Cristo ha amado a cada uno de nosotros. Es esto lo que podemos, lo que debemos dar a todo hombre y a todos los hombres, este amor sin medida, hasta sin contraprestación, al que nada arredra ni nada desanima, al que nada agota y que encuentra resortes infinitos de perdón. El siglo presente hace, hay que reconocerlo, un esfuerzo hermoso de justicia social y los cristianos toman parte—, algunos, ¡ay!, con retraso, y otros, afortunadamente, en primera línea—como lo invitan las recomendaciones de los Papas y como lo prescribe la doctrina social de la Iglesia. No sabríamos pasar por alto lo que cada país y todos los países deben a los pioneros del catolicismo social. En la hora presente este esfuerzo de justicia prosigue, y es nuestro deber el ser sus promotores y guías, porque una caridad que no nos imprimiera un riguroso impulso hacia la justicia no sería más que una caricatura de caridad. Pero las realizaciones humanas adolecen siempre de algún defecto, debido a nuestros límites, a nuestras debilidades y a las mismas contingencias de la historia. Las instituciones inspiradas por la preocupación de la justicia social faltan con demasiada frecuencia si no de corazón, por lo menos de entrañas, sobre todo porque nuestros contemporáneos no ven la justicia sino sobre el modelo conmutativo. En los hospitales modernos, por ejemplo, los enfermos encuentran las curas, la higiene y el confort conveniente; pero ¿se les trata como a personas? Y hasta para su curación sería esto tan útil como los antibióticos tan caros. Los organismos de seguros sociales dan a los asegurados un mínimo de seguridad y contribuyen a desproletarizar las masas trabajadoras. Pero entre los que hacen cola ante las ventanillas de las oficinas, ¿cuándo reciben una acogida distinta de la que se reservaría a un número de matrícula si éste pudiera encarnarse?

Al mismo tiempo que necesita aplicarse a cada persona en particular la caridad, tiene que extender su mirada ambiciosa a los continentes y al mundo entero. Si, como hemos notado, nuestros tiempos llevan a cabo alguna empresa de justicia social es en ambientes industrialmente equipados y ya ricos. Todavía más de la mitad del mundo se compone de los países que los economistas llaman de bajo nivel de vida. Más de la mitad de la población terrestre sufre todavía de baja alimentación y de mala nutrición, de hambre, hablando claramente. No solamente la situación no mejora, sino que tiende a agravarse por el hecho de que los pueblos afortunados no cesan de enriquecerse y la superpoblación acrecienta la miseria de los más pobres. Esta situación no puede prolongarse sin graves peligros, como, tal vez, el de una nueva conflagración mundial, que esta-

bleciera de nuevo la igualdad en la vida. La solución es teóricamente sencilla, y Su Santidad Pío XII la ha propuesto muchas veces: es necesario que las colectividades bien provistas tomen de su superfluo para permitir a los desafortunados organizar su industria y su agricultura. Pero esta solución es de hecho ineficaz porque los privilegiados de la civilización industrial tienen tendencia a guardar celosamente su felicidad, a costear un despilfarro y un lujo que insulta la desgracia de los demás. En esta situación, la caridad, colectiva e internacional, se afirma como necesaria y concuerda con la virtud evangélica, de la que fué heraldo San Francisco de Asís: el espíritu de pobreza. Poco a poco, bajo la presión de los hechos y con la enseñanza de la experiencia, los teóricos de la economía abandonan las viejas concepciones que han probado su necedad: la economía atomística de la ganancia y de la competencia que empujaba al capitalismo liberal, la economía pesada de la fuerza, inspiradora del capitalismo de monopolios, del imperialismo económico y del socialismo soviético, llegan a la idea de una economía de las necesidades y hasta del donativo. ¿No llegarán a la idea de una economía de la santa pobreza, de una economía evangélica, en la que las riquezas están hechas para el hombre y no el hombre para las riquezas, y en que cada uno, individuo y grupos, se despoja de lo superfluo para que todos tengan lo necesario, el mínimo de bienestar y de seguridad que les permita la vida del espíritu? El Evangelio nos enseña el camino; y la Iglesia nos muestra el Evangelio.

El mundo espera el testimonio de nuestra catolicidad

¿Qué es, en fin, lo que el mundo espera de la Iglesia católica? Espera que ella sea católica, es decir, universal, y que esta catolicidad impregne el pensamiento y los actos de cada uno de nosotros.

Estamos en el tiempo de la catolicidad. Empujados por el progreso vertiginoso de los medios de transporte y de comunicación, llamados por las interdependencias de las economías y de las culturas, la unidad del mundo se busca a través de luchas y conflictos, a través de sangre y de lágrimas. Pero a la unidad de hecho no corresponden ni la unidad de derecho ni menos todavía la unidad de espíritu. A la unificación del mundo tiene que responder la universalidad de las conciencias. Independiente de naciones, de razas, de civilizaciones, de culturas, universal de hecho y de derecho en la extensión y en el tiempo, la Iglesia católica, sólo ella puede inspirar esta universalidad de las conciencias. Sin condenar nada de los rasgos originales que caracterizan a las naciones y a las civilizaciones, ella las sobrepasa y las une. El catolicismo es la religión designada por un tiempo consagrado a lo universal.

a) En el orden cultural

Un mundo que se unifica tiene necesidad de una cultura nueva, universalmente repartida, que recoja en una síntesis vital todo lo adquirido de las culturas anteriores. Uno de los peligros más grandes que corre el mundo contemporáneo es la extensión prematura de una seudocultura occidental, que desecharía las culturas autóctonas sin aportar otra cosa que conocimientos y recetas; que difundiría las consecuencias extrínsecas de la cultura occidental sin transmitir el espíritu que le ha permitido alcanzar estos resultados. El triunfo de esta seudocultura

docultura multiplicaría los desarraigados y, por decir así, los proletarios de la inteligencia. La nueva cultura que debe edificarse supone el sentido agudo de la novedad y de la tradición o, mejor, de las tradiciones, puesto que un sentido crítico permitiría la criba entre lo que procede de la pura contingencia y las adquisiciones que constituyen el patrimonio común. ¿Qué mejor guía podría encontrar que la Iglesia católica, universal e implantada en todas partes, respetuosa con todas las culturas particulares y enriquecida por una experiencia que le permite integrar las aportaciones de las culturas helénica, latina, orientales y los descubrimientos del pensamiento moderno? Ciertamente la misión de la Iglesia no es la de difundir la cultura, obra temporal; pero toda cultura descansa sobre un concepto de hombre y sobre una sabiduría: es lo que la Iglesia puede dar, dejando a los sabios, a los artistas y a los escritores la libertad de llevarlo a cabo con los materiales y los instrumentos de su tiempo, con su propio genio y el de las comunidades que han contribuido a su formación humana.

b) En el orden social

En las sociedades de nuestro tiempo, desgarradas por los conflictos interiores, la universalidad del catolicismo en-

Actividades del Centro de Valencia

El Centro de Valencia ha continuado desarrollando desde comienzos del año actual el programa previsto para el curso 1957-58.

El día 9 de enero se celebró una solemne misa vespertina, en la que los propagandistas valencianos rindieron homenaje de devoción al santo cáliz de la cena, preciosa reliquia conservada en aquella ciudad. En el momento del ofertorio el secretario del Centro, Roberto Moroder, leyó el acto de homenaje con motivo de iniciarse el año centenario de la insigne reliquia.

En los círculos de estudios, don Rafael González Moralejo informó sobre "Un viaje a Estados Unidos y Canadá" y se ha iniciado la exposición del programa sobre los hechos e ideas del siglo XIX del siguiente modo:

Emilio Attard: "Presentación del temario del curso", "De Fernando VII a la República de 1873" y "La monarquía electiva".

Vicente García Llacer: "El pensamiento revolucionario: krausismo", "Pi y Margall y Sanz del Río" y "Castelar y Salmerón: sus relaciones con el 98".

José María Haro: "La reacción ortodoxa: de Donoso a Vázquez de Mella".

Diego Sevilla Andrés: "De la Restauración a fin de siglo".

Manuel Gitrama: "La institución libre de enseñanza: Giner de los Ríos y su escuela".

Antonio Dionis: "El movimiento de restauración católica" y "Menéndez Pelayo".

cuenta otro campo de aplicación. Una cierta igualdad de condiciones sociales se establece, poco a poco, en las naciones industrializadas y puede darse que la sociedad de mañana sea una reunión de clases medias, cuyo brote se ve ya en los Estados Unidos. En algunos países, el mundo obrero, durante mucho tiempo tenido en situación de inferioridad, cristaliza en una especie de nación obrera, cuerpo extraño en el seno de la nación. Otras categorías, que pierden algunas de sus ventajas económicas, se agarran desesperadamente al prestigio social que determina su distinción. De suerte que a veces se tiene la impresión de que las fronteras que separan a los hombres de hoy coinciden con los límites de las clases, por lo menos tanto como con las de las patrias.

Puesta aún en peligro por las divisiones internacionales, la catolicidad puede encontrarse también en nuestros días dividida por los antagonismos sociales. Pero precisamente el catolicismo trasciende los límites humanos, y por una común presencia en las iglesias, por una común participación de la fe, de los sacramentos, en el culto y en las obras de amor, puede enseñar a los hombres el universalismo social. Cuando el movimiento obrero que constituye una de las características más notables de nuestra época llega a las realizaciones y a las responsabilidades, el catolicismo puede llamarle al sentido de lo universal, como puede preparar a las demás clases y ambientes para los sacrificios exigidos por la justicia social.

En un mundo en marcha—por primera vez en la historia—hacia la unidad, el catolicismo ofrece el ideal y la experiencia de lo universal.

La Iglesia será juzgada por la imagen que de ella ofrezcamos los seglares

He aquí lo que nuestro tiempo espera de la Iglesia católica y lo que tiene derecho a exigir de nosotros en nombre mismo del catolicismo que confesamos. He aquí para nosotros la hora del catolicismo total y pleno.

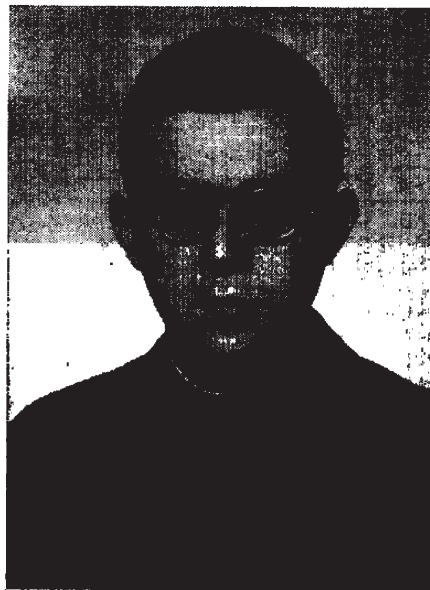
Ya no vivimos en una época de compromisos y de medias tintas, donde, según la expresión corriente, se puede "tomar y dejar", y generalmente dejar más de lo que se toma. Ya no hay necesidad de correr a tierras lejanas para encontrar el martirio; hoy, los verdugos sirven a domicilio y llaman a nuestras puertas desde el amanecer. No vivimos en una época de eclecticismo elegante, donde cada uno se corta una religión a su medida y gusto. El mundo tiene sus ojos puestos en nosotros, y el peso de estos millones de miradas nos obliga a ser lo que somos.

¿Es necesario afirmar que muchas veces la Iglesia será juzgada por la imagen que de ella dará el laicado? ¿Cuántos de nuestros contemporáneos tienen contactos directos con la Jerarquía? Asimismo, ¿cuántos pueden acercarse suficientemente al sacerdote para confrontar con él sus juicios? Y, en cambio, ¿cuántos entre ellos encontrarán todos los días a los laicos, sean parientes, amigos, vecinos, compañeros de trabajo y conciudadanos? Midamos nuestras responsabilidades: ellas dan la medida de una estela que no tenemos derecho a decepcionar.

En ningún sitio mejor que en Roma podríamos adquirir conciencia de ello; en esta ciudad, donde cada civilización ha dejado a su paso sedimentos que la piqueta del investigador ha sacado a luz.

En cada grande crisis de la humanidad, la historia ha propuesto a la Iglesia un juego de fuerzas que ha llevado a cabo con la santidad de sus hijos, sacerdotes y laicos, jerarquía y pueblo cristiano. La contemplación de Roma bajo el sol que dora sus cúpulas invita a la esperanza. En la inmensa crisis que atraviesa, la humanidad de hoy espera a la Iglesia, nos espera a nosotros. La meditación sobre el pasado romano nos da fe en el presente y confianza en el porvenir. La Iglesia no callará ante la llamada de la humanidad. Amparados por el Soberano Pontífice y el Episcopado, unidos a sus sacerdotes, sus religiosos y religiosas, conscientes de sus responsabilidades históricas ante los hombres y ante Dios, testigos de lo absoluto divino, cristianos hasta la locura de la cruz, católicos en la acepción más universal de esta palabra, los laicos, pueblo de Dios, cada uno en el puesto que le asignan sus aptitudes, sus atractivos y la llamada del espíritu, pero todos juntos, formando—como la comunidad de Jerusalén—un cuerpo y un alma, llevarán ante la angustia del mundo contemporáneo el testimonio de la verdad que hace libres y del amor que diviniza.

Nuevo consiliario del Centro de Lérida



El Prelado de la diócesis ha nombrado al reverendo don Mario Rodrigo Molí nuevo consiliario del Centro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas de Lérida.

Cursó estudios de bachillerato en Lérida, su ciudad natal, y los de Filosofía en el seminario conciliar. Realizó los estudios de teología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.

De vuelta a su diócesis se le encargó la dirección de una parroquia de nueva creación en los suburbios de la capital.

Es consiliario de la Rama de Hombres de Acción Católica y del Secretariado Diocesano de Cursillos de Cristiandad.

Pertenece también a la Comisión Diocesana de Enseñanza.

El señor Rodrigo Molí sustituye como consiliario de la A. C. N. de P. al reverendo don José Pallarol Saura, que ha sido designado director de la Real Academia Mariana, de tan importante tradición en Lérida.

LOS CATOLICOS EN EUROPA

Informe de la Srta. Marga Klompé, ministro de los Países Bajos

La mayor parte de los católicos del mundo entero, es decir, el 49 por 100, habita hoy en día en Europa; pero no por eso Europa es un continente cristiano. Es un hecho que las otras partes del mundo consideran a Europa como cristiana, y esto hace más pesada la responsabilidad de los cristianos europeos. Por eso, todas las faltas y todos los aspectos no cristianos de nuestra sociedad son considerados como expresión de cristianismo en los otros continentes. Por tanto, no nos debemos asombrar si la Buena Nueva aparece deformada ante los hombres.

En calidad de laicos europeos, nuestro deber es doble. Primero, es necesario trabajar con todas nuestras fuerzas para que nuestra sociedad sea profunda y visiblemente marcada por el cristianismo, de manera que sea imposible hacerse una falsa imagen de éste.

Luego debemos tener conciencia de que esta responsabilidad europea no nos corresponde sólo como católicos, sino también como miembros de una sociedad en la cual vivimos, con gente que piensa de otra manera; tenemos el deber de trabajar con ellos para dar a Europa su verdadera personalidad, con ese espíritu de amor desinteresado hacia los otros, que siempre es, de manera consciente o no, una expresión del amor de Dios.

Sólo a través de una tal imagen de Europa aparecerá reconocible el puro espíritu de verdadero cristianismo.

En esto los laicos tienen una tarea particular. Hay campos en los cuales la principal responsabilidad pertenece a los laicos. Ocupándonos ahora de la responsabilidad de los cristianos de Europa en general, y este momento de la historia en particular, nos limitaremos a exponer cuatro de los principales aspectos en los cuales se expresa la responsabilidad especial de Europa.

Europa y el futuro de los pueblos de Asia y Africa

En lo referente a las cuestiones materiales, es superfluo insistir en los enormes contrastes que existen entre Occidente y los pueblos de Asia y Africa. Son contrastes ante los cuales los cristianos no pueden permanecer indiferentes. El Evangelio nos enseña a vestir a quien está desnudo, a dar de comer a quien tiene hambre y a amar a nuestro prójimo.

Los millones de hombres que habitan en los lejanos continentes, ¿no son nuestros prójimos? Es posible que no lo fueran hace dos o tres siglos, pero ahora el mundo se está transformando con una rapidez impresionante. La ayuda tan actual a los territorios infradesarrollados, o más bien en curso de desarrollo, no es para nosotros, cristianos, una simple maniobra en el cuadro de una estrategia política hábil, sino que deriva de nuestra obligación de amar al prójimo.

En este momento de la historia los pueblos de Africa y de Asia han pasado a ser nuestro prójimo en el sentido más concreto de la palabra.

Pero este problema tiene también un aspecto espiritual. En el curso de las últimas décadas, numerosas personalida-

des dirigentes de Africa y Asia se han formado en Europa, en nuestras universidades. En numerosos casos, sin embargo, no es el cristianismo lo que los ha marcado más profundamente ni lo que han llevado consigo a su patria. Han encontrado entre nosotros corrientes espirituales que están muy alejadas del cristianismo.

Además, los pueblos de Africa y de Asia consideran a Europa como el continente que los ha dominado durante siglos en calidad de potencia colonizadora y guardan desconfianza con respecto a ella. La consideran con un ojo crítico y juzgan su cristianismo de un modo particularmente severo. Es, pues, capital que Europa, y sobre todo los cristianos de Europa, den prueba a esos pueblos de un verdadero servicio.

¿Cuáles son los deberes de los laicos en este campo? En primer lugar, el ir directamente en ayuda de esos países, como médicos, enfermeros, consejeros agrícolas, técnicos en los cuadros de las realizaciones mundiales o en los de las misiones. Es de más elevada significación el que los valores imperecederos del Evangelio de Cristo sean expuestos en formas y conceptos que respondan al espíritu y la situación del "otro" para evitar que nuestras formas de civilización europea vuelvan difícil el acceso a las verdades eternas del Evangelio a los pueblos de Asia y de Africa.

Sin embargo, no se trata solamente de una ayuda económica y social; también hay mucho que hacer en el campo cultural. Nuestras universidades y nuestros institutos científicos europeos tienen también una gran responsabilidad. Un número cada vez mayor de asiáticos y africanos viene a estudiar a Europa. ¿Qué hacemos nosotros para mostrarles durante su permanencia la esencia del cristianismo?

No solamente hay que abrirles nuestras universidades, sino también nuestras casas, nuestra familia y nuestros corazones.

Europa ante la segunda revolución técnica y ante el comunismo

No hay que olvidar que el hombre moderno vive en un mundo en el que no puede perfeccionarse espiritual y religiosamente sino con gran esfuerzo, admitiendo que se consiga, y sufriendo a menudo una soledad creciente, la cual está llena de angustia, que atraviesa profundas crisis internas y que busca protección y olvido en la masa. Su vida interior sufre por esta despersonalización; nuestras comunidades no le ofrecen un suficiente sostén y cada año millares de hombres abandonan la mano protectora de la Iglesia. La falta se encuentra a menudo en nosotros, que hemos creído poder construirnos una existencia autónoma, que hemos mostrado muy poco amor, muy poca fe y confianza en Dios todopoderoso, muy poca nobleza, sencillez, poco valor personal y poco espíritu de sacrificio.

Por lo tanto, nuestro primer e inmenso deber es el de penetrar en todos los dominios esenciales de un cristianismo

activo: en el trabajo, en las relaciones sociales, en la cuestión social, en la educación de la juventud, en la ciencia, la política, las organizaciones internacionales. Es necesario estar presente, pero con una presencia activa. Hay que utilizar nuestra razón y nuestros dones de manera que nuestra sociedad se convierta en una verdadera comunidad, en la que el hombre se sienta protegido pero conserve una personalidad y una responsabilidad propia. Si conseguimos cambiar las relaciones sociales entre patronos y empleados, entre campesinos y comerciantes, esto sería una contribución esencial al problema antiguo y moderno de un nuevo tipo de hombre que queremos obtener.

Pero no olvidemos que para la formación y cultura religiosas el acento debe colocarse sobre la Buena Nueva.

Europa y la división de la cristiandad

Llegamos así al tercer aspecto de nuestra responsabilidad de europeos, es decir, la división de la cristiandad. Recuerdo las conversaciones tenidas durante mi actuación en la O. N. U. con los delegados de Asia y Africa: budistas, mahometanos, hindúes. Ellos siempre volvían a la misma pregunta: "¿Cómo podemos reconocer que Europa es cristiana? Los cristianos consideran el amor del prójimo como el más alto y principal de los mandamientos, pero su sociedad es dura y sin amor. Ellos reconocen que tienen un Padre en el cielo, pero están divididos en muchas iglesias. Esta división y separación debe ser considerada por los cristianos como una herida profunda y dolorosa."

Los cristianos de Europa tienen muchas cosas comunes, pero se encuentran separados en cosas esenciales. Que la cristiandad esté dividida en lugar de formar una unidad, como Cristo ha querido, debe ser para nosotros objeto constante de preocupación y sufrimiento. Establecer un diálogo ecuménico entre los cristianos y mantenerlo vivo es un grave deber para Europa, donde esa división tiene lugar.

Europa y la paz

Nunca el deber de los cristianos de trabajar por la paz ha sido más urgente; ninguno de nosotros puede quedar sordo ante las advertencias del Padre Santo. Ningún cristiano puede retardarse en implorar a Dios que dé la paz al mundo.

Pero todavía hay un deber y una responsabilidad particular para los cristianos de Europa. Las dos guerras mundiales se han originado en Europa. Y es en Europa donde las dos potencias enemigas se enfrentan con más violencia. ¿Qué podemos hacer nosotros, además de rezar, para que la paz permanezca? Recordemos continuamente las innumerables exhortaciones del Padre Santo, el cual nos ha hecho también importantes advertencias contra la falsa paz de una coexistencia que no es ni verdadera ni capaz de conducir a la verdad. Se trata aquí de sostener la idea de una comunidad de pueblos fundada sobre el cristianismo, o al menos sobre el dere-

cho natural, y organizarla. En el interior del mundo libre, y por tanto también en Europa, nosotros debemos cuidar de que la colaboración pacífica de los hombres de buena voluntad en el interior de un mismo país no sea puesta en peligro fácilmente, sea en el campo político o social. A menudo se oye la afirmación de que este problema es una cuestión de política. En cuanto somos cristianos, nosotros siempre deberemos sostener que la paz no es solamente una cuestión de políticos y generales ni una cuestión de oportunidad política o militar, sino el objeto y el fin de nuestra acción según una obligación religiosa y cristiana. Esto vale hoy en día especialmente para nuestras relaciones con los pueblos de otros continentes, los de África y los de Asia, que nos juzgarán como cristianos de Europa, y de esta manera juzgarán al cristianismo de acuerdo a lo que vean que nosotros hacemos.

Los cristianos de Europa no pueden permanecer en el reino de la teoría. El Padre Santo, en su mensaje de Navidad de 1954, llama a los cristianos del mundo libre para ayudar en la realización de una paz verdadera y completa:

"Lo que debe subsistir en todo caso, lo que no puede ciertamente perderse, es la verdadera Europa, es decir, el conjunto de valores espirituales y sociales que el Occidente ha creado con las riquezas de los pueblos que lo componen

para repartirlas por todo el mundo. También en el porvenir, Europa, confirmando la conducta de la Providencia divina, será la distribuidora de esos valores siempre que conserve la conciencia de su substancia espiritual y que se aparte de la voluntad de potencia. Tiene que volver en la actualidad a Dios y a su ideal cristiano si quiere encontrar de nuevo los fundamentos y el lazo de su unidad y de su verdadera grandeza."

En una época como la nuestra, el cristiano no se debe contentar con cumplir su deber. Es necesario que se supere, en un impulso extraordinario, y que dé todo lo que pueda dar, que pague con su persona, que participe en la buena causa con todo su ser.

Esto no lo puede hacer si no vive su unión con Cristo, si no vive de oración y de la gracia de lo alto. No fundará jamás sobre la tierra la comunidad perfecta. Hombre decaído, es conocedor de sus limitaciones, pero también sabe que sus posibilidades son casi ilimitadas si está dispuesto a ser verdaderamente un instrumento de la gracia de Dios, un instrumento que sirva para llevar la Buena Nueva al mundo de hoy y para realizar el plan de Dios sobre la humanidad: que todos sean uno.

Para el europeo esto significa servir y amar.

sonajes por el bien común, si fuese él el que siempre tomase los riesgos para mejorar la sociedad humana, le sería más fácil compartir con su prójimo su experiencia en Nuestro Señor.

La técnica al servicio de la creencia

El otro punto que hay que notar sobre nuestra sociedad industrializada es que los inmensos cambios que han tenido lugar en la vida humana han sido posibles por la metódica agrupación e interpretación de los hechos, por el método científico; por este sencillo expediente los mayores intereses de la vida han sido transformados. Viene espontánea la pregunta: ¿en qué sentido se puede aplicar a nosotros? Ciertamente es aplicable no al contenido de nuestra creencia, sino al modo que incorporamos nuestra creencia a la conducta de nuestras vidas. Necesitamos hechos a fin de llevar a cabo las instrucciones de Nuestro Señor exactamente, como un gobierno o una casa de comercio necesitan hechos para llevar a cabo una política. ¿Cuántas veces el punto de vista católico ha sido desatendido en Inglaterra y en otras partes sencillamente porque los católicos no poseían los hechos tangibles en el momento justo!

Los laicos pueden proveer los considerables medios que son necesarios para preparar y sostener una nueva generación de especialistas e investigadores para fundar instituciones de investigación y pueden dar también la cooperación activa y el aliento que éstas necesitan. Al correr del tiempo, uno de los resultados más significativos del apostolado de los laicos puede ser el colocar sobre bases científicas el cumplimiento cristiano.

La acción misional perfeccionada de nuestro catolicismo

Hoy día, el gran trabajo de Cristo es ciertamente alzar el nivel de las gentes de los países subdesarrollados. Aunque Inglaterra tiene más contacto con Asia y África que cualquier otro país europeo, desgraciadamente aún el inglés o escocés corriente no siente esto como deber impelente o como obligación de dar alguna ayuda. Porque es una de las tragedias de las gentes de las antiguas naciones industrializadas el no darse cuenta de que son ricos: ricos en experiencia, en educación, en medios materiales cuando se les compara con el resto del mundo, y, por lo tanto, no se dan cuenta de las obligaciones que les son inherentes. Pero nosotros, católicos, conocemos la verdad de esto y pensamos que este inmenso trabajo de cooperación racial que está frente a nosotros servirá para dar una forma, un alma al apostolado laico en esta generación, nos dará la llave de todos nuestros problemas. Déjenme explicar lo que quiero decir.

Nuestro gran cometido en Occidente es formar un nuevo ideal de vida laical: de vida que indudablemente será vida de sacrificio, pero que igualmente será una vida vivida en el mundo, usando de las libertades propias de la vida en el mundo. Por nuestra omisión en dar a conocer tal ideal nuestra gente se ve obligada a tomar como modelo a los que ve cerca de sí. Todos los años salen de nuestras escuelas una cosecha fresca de ex alumnos llenos de generosidad y entusiasmo, y sabemos que esta generosidad y entusiasmo quedarán en nada. Pienso que podrían tener una experiencia de vida cristiana genuina antes que fuese demasiado tarde. Se puede

El apostolado en los países anglosajones

Informe del representante inglés, Sr. LANCE WRIGHT

Los católicos en Inglaterra son una pequeña minoría—cerca del 10 por 100—; viven en lo que comúnmente se describe como "plurisociedad", esto es, en una sociedad que comprende muchos grupos organizados de manera diferente. Esto es una situación que se está haciendo cada vez más común en el mundo. Es, sin duda, esta situación la que ha hecho que el apostolado laico sea tan necesario. Es como si Dios hubiera decidido abrir y dispensar las comunidades católicas a fin de multiplicar los puntos de contacto entre los creyentes y los incrédulos para apresurar la evangelización del mundo.

Los católicos en la "plurisociedad" inglesa

El segundo aspecto en el que Inglaterra es característica se refiere a que es el país industrializado más antiguo del mundo, y la industria, como sabemos, es el origen de nuestros tormentos y de nuestras oportunidades.

La vida está organizada en Inglaterra de manera que no es probable que uno de entre cien ingleses que está fuera de la Iglesia católica entre en contacto con un sacerdote católico durante toda su vida. Por tanto, sobre los laicos cae la mayor responsabilidad de ser "testigos" de Cristo en el mundo. Porque el católico en Inglaterra es continuamente observado"; lo que hace no sólo importa mucho a él, sino también a un número mucho mayor de personas que lo miran y están procurando formarse una idea de si lo que cree es verdad.

El otro punto a que debo referirme es la parte que juega en una "plurisociedad" el temor común. Supongo que es inevitable que los miembros de cada uno de los grupos, en una sociedad tal, se hagan una idea más o menos verdadera de los otros grupos, que sospechen y

teman a los otros grupos. Nosotros, los católicos, casi siempre inspiraremos un temor de esta clase, temor que fácilmente puede convertirse en una barrera impenetrable para el amor de Dios. Es importante que nos demos cuenta de ello y hagamos todo lo que razonablemente podamos para mitigarlo. No podemos dejar de notar en esto que hay algo providencial en el apostolado de los laicos: una, porque los laicos están presentes en todas partes y pueden confirmarlo con su conducta; otra, porque la gente se inclina a ver en la Iglesia sólo una "estructura": el Papa, los Obispos, el clero, un sistema de mando y obediencia; lo que no ven es, y es esa nuestra preocupación de hacérselo notar, ese otro aspecto de la Iglesia que es comunidad de personas libres y racionales.

Necesidad de cultivar los valores temporales

El otro aspecto por el que Inglaterra tiene la característica del mundo del próximo futuro es por ser un país altamente industrializado.

Hay una tendencia innata en gentes como nosotros, que son profundamente conscientes del misterio que llevan consigo, a bandonar y menospreciar los valores temporales y dejar a otros la responsabilidad de cultivarlos. Esta tendencia es doblemente nefasta. Primero, porque la adquisición de los valores temporales es parte esencial de nuestra vocación en cuanto que necesitamos del fruto de ellos para llevar a cabo el trabajo de Cristo; pero también porque la prosecución de los valores temporales nos pone en un terreno común con los que están fuera de la Iglesia, nos da una intimidad con ellos, les hace tener mayor confianza en nosotros en cuanto personas. Si el laicado católico estuviera dispuesto a hacer más sacrificios per-

pensar en un gran esfuerzo de los católicos de los viejos países industrializados para poner al servicio de aquellas naciones que empiezan a entrar en el mundo moderno sus experiencias y sus técnicas manuales. Que sea, por ejemplo, lo corriente para la juventud católica masculina y femenina pasar los dos primeros años que siguen al final de su preparación profesional ejercitando sus

habilidades técnicas en las misiones. Si verdaderamente un gran número hicieron algo en este sentido, cuánto más fácil sería a la gente ver a la Iglesia real y cómo se enriquecería nuestro concepto de la vida del laico. Asia y África ofrecen la suprema oportunidad para recristianizar la vida del laicado en Europa y en Norteamérica.

ca en que la Iglesia se encuentra, en nuestro país, en una fase evolutiva parecida a la de los tiempos de Policarpo e Irineo, en los cuales la Iglesia deliberadamente confrontó la cultura pagana para una valoración y participación decisiva.

Esta comparación con la Iglesia primitiva muestra cuán esencial es que el problema de la Iglesia sea resuelto por laicos. Nuestros sacerdotes son considerados casi como extranjeros. Además es cuestión de conquistar una cultura profana, de reformar una cultura que ahora está secularizada hasta un nivel que asusta.

El apostolado de los laicos en Escandinavia

Informe del representante sueco, doctor **LECHARD JOHANNESON**

¿Se puede hablar de una nota distintiva del apostolado de los laicos en los países nórdicos?

Objetivo apostólico

I.—En los países nórdicos, como en otras partes, las tareas de los laicos dependen de las peculiares circunstancias en las cuales la Iglesia se encuentra. La Iglesia en los países nórdicos tiene la tarea de "reevangelizar" a un pueblo cuya cultura está ahora muy desarrollada. El problema consiste en hacer volver a la fe esa civilización que ha crecido fuera de la fe.

1.—En Escandinavia, y particularmente en Suecia, el más típico de los países escandinavos, la tarea no consiste en un trabajo sobre la diáspora, sino en una misión. En Suecia, el número de católicos de nacimiento es menor del décimo del 1 por 100 de la población. En toda Escandinavia la proporción es la mitad del 1 por 100. La Iglesia en Escandinavia depende de la Congregación de Propaganda Fide.

2.—Pero, además, no se trata de una misión establecida por primera vez en la historia, sino, por el contrario, es cuestión de reconquistar a un pueblo que por más de quinientos años (del siglo X al siglo XVII) ha sido católico, teniendo florecientes centros de vida católica.

3.—Finalmente, no es cuestión de conquistar para la fe a un pueblo primitivo. La tarea es más difícil, pues se trata de conquistar a un pueblo independiente y altamente civilizado, tarea que significa que dicha cultura debe ser bautizada de nuevo por la fe cristiana.

Métodos de apostolado

II.—Los métodos que deben usarse para alcanzar esos fines deben ser adaptados a nuestro modo de vida. Primeramente debemos dedicarnos a las clases cultas. Por ellas comenzó la defecación en la época de la Reforma. Es un hecho en nuestra propia época que la misión de la Iglesia triunfa entre la clase culta, y muchas veces sólo en ella.

Presencia de los católicos

1.—El apostolado de los laicos se practica entre nosotros de una manera simple, sin llamarse apostolado. Existen católicos que son conocidos en todo el país. Algunos ocupan importantes puestos públicos. Su catolicismo es evidente a todos. Por su mera existencia ejercen un efectivo pero discreto apostolado. Tenemos católicos entre los periodistas y entre los maestros, especialmente en las escuelas superiores. Tenemos católicos en el teatro, en la radio. Católicos que tienen influencia en casas editoras, escritores católicos cuyos nombres son conocidos internacionalmente.

Actividades específicas de apostolado

2.—Hay, además, un número de laicos que, consciente y sistemáticamente, ejercen su apostolado.

Tenemos una Asociación de Estudiantes que discute cuestiones vitales en conferencias desde el punto de vista católico, reuniones y cursos de verano que al mismo tiempo son interesandinavos. Tenemos grupos de juventud católica que trabajan en el mismo plan. En las ciudades universitarias tenemos círculos de estudio, donde se realizan estudios filosóficos y teológicos bajo la dirección de laicos o en cooperación con ellos. Tenemos publicaciones periódicas dedicadas a estudios culturales—en Dinamarca, "Catholica"; en Noruega, "St Olav"; en Suecia, "Credo"—. "Credo" está escrita casi enteramente por laicos; se puede conseguir en las bibliotecas públicas y es apreciada por muchos no católicos.

Recientemente se ha fundado una academia católica. Sus fines son en parte organizar conferencias públicas a cargo de conocidos católicos nacionales y extranjeros, investigadores, escritores y otros, de manera que se consiga un público amplio y se alcance, después de cierto tiempo, el objetivo propuesto, que es el de confrontar el pensamiento y tipo de vida sueca con la verdad católica para conseguir un renacimiento cultural. La academia también tiene por objeto publicar estudios científicos. Pero debo remarcar que todo esto necesitará tiempo, y mucho depende de si se conseguirán ayudas económicas.

Hay que recristianizar una cultura secularizada

III.—Quizás pueda ilustrar nuestra situación espiritual y cultural con un paralelo histórico.

En los tiempos que vivimos en Suecia no estamos gobernados por un poder católico, como, por ejemplo, en el período de San Gregorio Magno. Tampoco vivimos en una época de pensamiento teológico creador, como, por ejemplo, en los tiempos de Orígenes y de San Agustín. Más bien vivimos en una época

El C. E. D. E. U. de Badajoz celebra su sexto aniversario

El Centro Extremeño de Estudios Universitarios, promovido por la Asociación Católica Nacional de Propagandistas en Badajoz, ha conmemorado el sexto aniversario de su fundación el 23 de marzo.

En la capilla del Centro se celebró una misa, que fué oficiada por el excelentísimo y reverendísimo señor Obispo coadjutor de la diócesis, doctor Beitia, a la que asistieron buen número de propagandistas, profesores, alumnos y antiguos alumnos. Después se reunieron en un fraternal desayuno.

Dificultad de la reevangelización

IV.—Trataré de aclarar brevemente la presente situación religiosa de Escandinavia y especialmente de Suecia. Una evolución histórica ha dado a Suecia dos características que condicionan la misión católica.

1.—En otro tiempo Suecia perteneció a la Iglesia católica, pero hoy es oficialmente protestante. La terminología del Evangelio no es extraña en Suecia, como tampoco las enseñanzas cristianas. Por lo tanto, se cree que ya conoce lo que significa la religión cristiana, y esta actitud le impide comprender la verdad del mensaje cristiano. Así, hoy es más difícil que el genuino mensaje llegue a su mente para mostrarle su vida bajo una nueva luz que si nunca hubieran oído el mensaje cristiano.

2.—La desintegración de la verdad cristiana causada por la Reforma ha provocado una debilidad espiritual, cuyo más claro sintoma es la sordera hacia el mensaje cristiano. En ese grado de empobrecimiento del alma, la teología liberal y agnóstica ha comenzado a ser un sustitutivo de la verdad revelada y de los canales de la gracia. Lo mismo que en los días de la Reforma, actualmente hay una filosofía agnóstica que yace bajo la teología agnóstica. Ese doble agnosticismo es la explicación psicológica de la sordera hacia el mensaje cristiano.

El máximo alejamiento de Roma

Por lo tanto, queda claro que una misión cristiana católica en Suecia no puede esperar ningún éxito si permanece intacta era raíz del mal, si nos ven con ese agnosticismo. Todo compromiso en esta materia es una deslealtad. También ha de quedar claro que esta misión debe comenzar con un pequeño grupo de intelectuales.

Ahora ustedes me dirán, probablemente, que todo lo que dije lo tienen también en casa.

Si dicen eso no están equivocados. Pero no olviden un hecho en este contexto. Lo que ustedes tienen en casa nosotros lo tenemos de una forma más típica, en un estado más avanzado de evolución. Hemos de considerar las consecuencias de la Reforma. En ninguna parte hubo una emancipación tan radical con respecto a la Iglesia de Roma como en Suecia. Hasta mediados del último siglo nuestro país estuvo cerrado contra el gran conjunto histórico informado por el espíritu católico, la cultura europea. Recuérdese también que hasta hace veinte o treinta años los problemas filosóficos que no fuesen kantianos o los teológicos cuyos principios no fuesen los del agnosticismo de Schleiermacher no fueron discutidos en Suecia. Por lo tanto, en ningún otro país las consecuencias de la Reforma son tan claras como en Suecia. Los contornos de un problema que hoy en día amenaza muchos otros países están en Suecia mucho más agudamente delineados que

en ninguna otra parte del mundo. Por lo tanto, la situación escandinava tiene un significado supraescandinavo.

Que yo tenga en esta Ciudad Eterna la ocasión de hablarles es para mí y para mi patria un gran honor. Creo que es un grave deber describir la situación

de los países nórdicos tan claro como sea posible. Por esta razón he querido dar el ejemplo típico de Escandinavia como algo supraescandinavo. Si no lo hubiera hecho, hubiera traicionado a mi propia conciencia, a la Jerarquía de la Iglesia y a Cristo, su Cabeza.

tes y a su grupo para el avance de su reino en el mundo.

Colaboración de los seglares con la Jerarquía

Nuestra acción católica especializada está efectivamente dirigida por laicos responsables, que colaboran en la solitud pastoral de los obispos. Los laicos asumen la responsabilidad de los métodos empleados y también de decir a la Iglesia todo lo que pueda permitir una evangelización más avanzada del ambiente que ellos tienen a su cargo.

Así, la constitución de las comisiones episcopales permite un fructuoso trabajo entre los militantes laicos de los movimientos y las comisiones episcopales correspondientes. Por ejemplo: la Comisión Episcopal del Mundo Obrero y el Comité Nacional de la Acción Católica Obrera han discutido y elaborado un documento sobre el problema de la lucha de clases. Gracias a esta colaboración ha sido posible poner en claro la doctrina cristiana relativa al conjunto del problema que ha sido expuesto por los militantes obreros que componen el Comité Nacional de Acción Católica Obrera.

Esta misma finalidad apostólica, que crea lazos profundos entre nuestros movimientos, les conduce a una colaboración cada vez más estrecha. Y conduce igualmente a sus miembros, no obstante la carga de los prejuicios sociales, hacia una comprensión y una estima recíprocas; ella les permite vivir más intensa y más conscientemente la realidad de su comunión en la Iglesia y dar al mundo un testimonio de caridad auténtica.

Hay que volver a una comunidad cristiana verdadera

Hace falta volver a dar un valor primordial a la existencia de una comunidad cristiana verdadera.

Por otra parte, esta comunidad cristiana no puede vivir verdaderamente si no existe en principio una voluntad común de acción apostólica: compartir la fe de Cristo y hacer participar de ella a los demás.

Esto sobrepasa en mucho las barreras de los ambientes sociales, pero no suprime, como se podría creer, la especialización del esfuerzo evangelizador que emprendemos. En efecto, es indiscutible que la evangelización de un ambiente preciso está determinada por la evangelización de otro ambiente. El esfuerzo emprendido por los cristianos de este ambiente para la misión apostólica especializada del mismo ambiente no queda sin repercusión sobre el problema global de la evangelización del mundo.

Nuestros movimientos tienen contactos entre sí para estudiar las incidencias de su acción sobre la evangelización de los otros ambientes. Así, verdaderos rurales, verdaderos burgueses, verdaderos obreros, que han aceptado la responsabilidad apostólica de sus hermanos, tienen el encargo de estudiar en común los problemas que se presenten, realizando así un esfuerzo común, etapa de una marcha hacia la unidad en el amor del Padre.

Así, nuestros movimientos, aunque distintos para proseguir una acción de evangelización más apropiada, se inspiran en una misma misión apostólica de Iglesia. Y perciben claramente que para cumplir bien en cada uno de los ambientes sociales que les han sido confiados, tienen necesidad de una cooperación cada vez más efectiva.

La Acción Católica especializada en Francia

Informe del Sr. JACQUES COURCELLE

Existen en Francia diferentes movimientos de Acción Católica especializada debido al conjunto de ambientes que ocupa la población de este país. Estos movimientos de Acción Católica especializada existen bajo la forma de jóvenes y adultos.

Cada uno de nuestros movimientos tiene sus métodos propios en función de su ambiente.

Pero las diferencias que existen no cambian su finalidad ni su inspiración, que se expresan por medio de los puntos siguientes, que les son comunes:

Principios comunes de acción

Primero. Nuestra misión exige por parte de los militantes el testimonio de un cristianismo vivido con los demás, en y a través de su vida, en el plan familiar, profesional, social, cívico, político, etc.

Segundo. Nuestra misión comporta, bajo modos y grados diversos, una exigencia de presencia en el mundo, la aceptación por cada uno de sus responsabilidades providenciales en una sociedad que evoluciona y se edifica. Lo que traduce el término "compromiso temporal".

Tercero. Nuestra misión exige que nuestros militantes estén equipados para vivir como cristianos sus compromisos, con el fin de que los ambientes de vida y las instituciones en las cuales participan se penetren del espíritu de Cristo.

A este efecto tenemos la obligación y el deber hacia los militantes de enseñarles la doctrina de la Iglesia para que inspiren en ésta su acción, de promover y desarrollar entre ellos una vida litúrgica y sacramental más consciente, de conducirles a una reflexión de fe sobre las realidades temporales, de ayudarles a adquirir esta dimensión de la caridad, que implica al mismo tiempo el conocimiento claro y afectuoso de su propio ambiente social y una apertura cada vez más indispensable en los demás ambientes sociales.

Cuarto. Movimientos apostólicos: queriendo, por preocupación misionera y fidelidad a la universalidad de la Iglesia, presentar el Evangelio "vivable" y vivido en todas las situaciones humanas compatibles con la fe en Cristo dentro de la Iglesia; queriendo evitar la apariencia de bloquear la Iglesia con formas transitorias de civilización de estructuras de acción temporal; teniendo que recoger a la gente donde está y actuar con todos los hombres de buena voluntad, dejamos a los militantes la legítima libertad de elección de organizaciones (posibles para un cristiano) en las cuales van a realizar su acción o que desean fundar en colaboración con los demás.

Quinto. Nuestra misión apostólica no se reduce en informar de cristianismo lo temporal. La misión esencial de nuestros movimientos es anunciar a Jesús a nuestros hermanos para responder al deseo de Cristo: "Padre, que te conozcan a ti y al que has enviado, Jesucris-

to..., para que él dé la vida eterna a todos los que tú se la has dado."

Atención al ambiente donde se actúa

Pero siendo laicos, y, por definición, comprometidos en las responsabilidades temporales, a través de nuestra vida y de nuestro ambiente realizaremos nuestra misión. Creemos que es esta vida humana, personal y colectiva, la que tiene que ser santificada, y a través de ella tenemos que llevar el mensaje de salvación a todos.

La formación de militantes, con el encargo efectivo del ambiente que tienen que evangelizar, supone una atención de fe constante sobre el ambiente y una voluntad de suprimir los obstáculos o de hacer más fuertes las piedras básicas del cristianismo que se encuentran en la vida normal.

Esto es lo que llamamos revisión de vida hecha partiendo de la vida de todos los días, partiendo de los acontecimientos que forman la existencia habitual de todos nuestros hermanos.

La revisión de vida tiene por misión, si se quiere esquematizar:

Primero. Hacer un análisis del ambiente que permita descubrir los obstáculos o los valores en él contenidos.

Segundo. Permitir a los militantes cristianos, frente a los valores o contravalores descubiertos, transformar su vida personal para estar cada vez más atentos a la voluntad del Señor. La misión apostólica exige una marcha constante hacia la santidad, pues es imposible querer que nuestros hermanos vivan de tal o cual valor evangélico si nosotros mismos no lo vivimos.

Tercero. Estar atentos a lo que el Señor pide a cada uno de los militan-

Consagración episcopal del doctor González Moralejo

El día 4 de mayo se ha celebrado en la catedral metropolitana de Valencia la consagración episcopal del excelentísimo y reverendísimo señor don Rafael González Moralejo como Obispo titular de Dardano, auxiliar del Arzobispo de Valencia.

Actuó como ministro consagrante el Nuncio apostólico, monseñor Hildebrando Antoniutti, y como ministros coconsagrantes, los Arzobispos de Valencia, monseñor Marcelino Olaechea, y de Zaragoza, monseñor Casimiro Morcillo.

Fue apadrinado por el Ayuntamiento de Valencia, representado por el señor marqués del Turia, y por la Asociación Nacional de Hombres de Acción Católica, representada por los señores de Corral-López Dóriga.

Reiteramos al nuevo Prelado el testimonio de nuestro afecto y respeto.

Los católicos en Oriente y Africa

LAS NECESIDADES DEL MUNDO

Exposición del Dr. JOHN WU, ex embajador de China en la Santa Sede

1. Restaurar todas las cosas en Cristo

¿Cuál es nuestro verdadero deseo? Según mi manera de pensar, es ver todas las cosas restauradas en Cristo. Según mi humilde parecer, el apóstol laico está respecto del apostolado del sacerdote, en cierto modo, en la misma relación que un acólito respecto del celebrante del santo sacrificio de la misa. Nuestro papel es servir, no mandar; seguir, no guiar. Considero al sacerdocio como una vocación de tal manera sagrada que cuando escribo a mi hijo, que está aún en el seminario, me firmo a menudo: "Tu posible monaguillo." Eso no quiere decir que yo idolatre a los sacerdotes, no; yo los honro por razón de Cristo, que los ha escogido para representarlo.

Un punto de partida: nuestra perfección espiritual

El punto de partida del apostolado laico es el cultivo de nuestra propia vida interior, de tal manera que no podemos cesar de hacer esfuerzos por nuestra perfección hasta que Cristo esté formado en nosotros. No podremos jamás ser perfectos, pero nuestra perfección consiste en nuestro esfuerzo constante hacia la perfección. Antes de que podamos dar a Cristo a los otros, debemos hacer nuestro su espíritu y su corazón.

Es verdad que los apóstoles laicos deben vivir en el mundo y tener contactos frecuentes con toda clase de personas. Es verdad que nosotros no pertenecemos a órdenes contemplativas, pero precisamente porque el campo de nuestras actividades reside en el mundo exterior tenemos necesidad de un grado mayor de interioridad que los monjes y los religiosos en los claustros; si no, seremos presa de distracciones sin fin • seremos pervertidos por el espíritu del mundo, en lugar de convertir a los otros al amor de Dios. Puesto que no podemos vivir en el claustro, es una razón más para edificar un santuario muy interior para la habitación de la Santísima Trinidad.

Nuestro Padre Santo el Papa actual ha estimulado aún más y facilitado la recepción frecuente del sagrado Cuerpo de Cristo. Recibimos la santa Eucaristía no porque somos suficientemente santos para recibir a Nuestro Señor, sino porque careciendo de tal manera de santidad y de fuerza tenemos necesidad de El desesperadamente para guardar nuestras almas vivas y fuertes. No creo que nadie pueda ser un apóstol laico si no recibe la sagrada comunión tan a menudo como le sea posible.

Para que Cristo pueda ser formado en nosotros, debemos intensificar nuestra devoción al Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo quien ha concebido a Jesús en el seno inmaculado de María. Es el mismo Espíritu quien debe concebir el hombre nuevo, la viva imagen de Cristo en nuestra alma.

Una devoción intensificada al Espíritu Santo reforzará al mismo tiempo nuestra devoción al Padre celestial, a la humanidad de Cristo y a la Santísima Virgen. El Espíritu Santo es el alma de nuestra Iglesia, y nuestra Iglesia ha sido siempre guiada por El. Pero la levadura del Espíritu Santo no ha penetrado aún en la masa de los cristianos. Es tiempo para nosotros, apóstoles laicos, de comenzar una vigorosa campaña en honor del Espíritu Santo. Ella introducirá una nueva era en la vida espiritual de los laicos.

Debemos orar y trabajar juntos por la paz del mundo. Pero debemos conservar con cuidado la paz interior, la paz de Cristo por encima de la paz exterior del mundo. Solamente con la paz del espíritu podemos trabajar efectivamente y de una manera constructiva por la paz del mundo. Aun nuestras oraciones por la paz del mundo deben estar basadas en motivos sobrenaturales. Pedimos la paz no por lo que se refiere a nuestras propias vidas, sino por las vidas de los que no han tenido aún el supremo privilegio de gustar de nuestro Señor y de encontrarlo dulce.

Nuestro apostolado exige un nuevo estilo de mística cristiana

Naturalmente, nosotros debemos pedir algunos años más de gracia para nosotros mismos a fin de tener más tiempo para servir a Dios aquí, en este mundo, y para trabajar en nuestra madurez espiritual. Para este trabajo se necesita

tiempo. Pero quizás un nuevo estilo de mística cristiana apresurará el trabajo.

Espero que nadie retroceda ante esta palabra de misticismo, de la cual se ha abusado tanto.

El misticismo cristiano típico es sencillo y práctico, consiste en ver a Dios en los acontecimientos de la vida cotidiana, encuentra lo más extraordinario en lo más ordinario. Es una costumbre más o menos consciente de referirlo todo a Dios.

Uno de los más encantadores trozos de literatura mística se encuentra en la alocución de nuestro Padre Santo el Papa sobre la abeja, pronunciada en 1948 a una reunión nacional de apicultores (italianos). El tema no podía ser más humilde, pero el tono no pudo ser más elevado.

En esta obra maestra, el Padre Santo presentó en dos palabras la quintaesencia de la teología ascética y mística. Constituye para mí el canon del apostolado laico. El Padre Santo observa que la abeja no es como la mariposa, que vuela de flor en flor por puro capricho, aún menos como la avispa y el zángano, agresores brutales que parecen tratar de hacer el mal sin provecho para nadie.

"La abeja penetra hasta las profundidades mismas del cáliz de la flor diligentemente, rectamente y de una manera tan delicada que, una vez recogido su precioso tesoro, deja suavemente las flores sin deteriorar el ligero tejido de sus vestidos y sin hacer que ninguno de sus pétalos pierda su frescura inmaculada". De este ejemplo, Su Santidad saca una maravillosa lección para la práctica de la caridad fraterna, la cual, me atrevo a pensar, tiene una aplicación especial para los apóstoles laicos. Que ellos aprendan, pues, a entrar con respeto, confianza y caridad en el corazón y en el espíritu de sus semejantes discreta pero profundamente; entonces, como las abejas, aprenderán a descubrir en las almas más humildes el perfume de la nobleza y de una virtud eminentemente desconocida, algunas veces, aun de quienes la poseen. Aprenderán a discernir en las profundidades de la inteligencia más obtusa, de la persona más mal educada, en las profundidades mismas de los espíritus de sus enemigos, alguna huella al menos de juicio sano, alguna débil luz de verdad y de bondad.

Esta penetración profunda en la bondad esencial de la naturaleza humana proporciona un gran estímulo a nuestra vida espiritual. Nos da una razón, por decirlo así, para amar a todos los hombres, aun a nuestros enemigos.

Si el apóstol laico puede hacer de este estilo el suyo propio podrá permanecer recogido en medio de una vida ocupada. En estas actividades apostólicas él comprenderá que convertir un pagano no es traerle lejos de sí mismo, más bien ayudarlo a encontrar la divina luz, que brilla entre las tinieblas de su propia alma.

Todo apostolado no consiste en otra cosa que en ayudar a quitar la opacidad espesa que rodea la Luz divina en el alma de una persona, a fin de que venga a ser consciente del precioso tesoro que lleva en sí. Esto nos conduce al problema de la introducción de Cristo entre los orientales.

Preparación para llevar el cristianismo a Oriente

El cristianismo es algo que está más allá del Oriente y del Occidente; pertenece al mundo entero y el mundo entero le pertenece. Los pueblos del Oriente tienen generalmente la impresión de que el cristianismo es un producto del Occidente y que el Este trata de importar a sus países con otros productos. Sabemos naturalmente que esta impresión es falsa, pero sabemos también que tal impresión, aunque falsa y cualesquiera que sean los factores que han contribuido a ello, existe verdaderamente en el espíritu de muchos. Es uno de los mayores obstáculos que deben apartarse antes de que el corazón de Oriente se abra a la recepción del Evangelio.

Yo no critico los esfuerzos pasados de nuestros misioneros en Oriente. Pero los sacerdotes misioneros han sido muy poco numerosos y su influencia no ha podido quizás neutralizar la impresión aplastante de agresividad que los Estados del Occidente han creado en los espíritus de los asiáticos en el siglo XIX.

Los sacerdotes que desean ir a los campos misioneros reciben una formación especial en sus seminarios, no solamente en filosofía y teología, sino también en historia y en cultura del país a donde deben enviarle. Pero ¿qué sucede en cuanto a nosotros laicos? Si deseamos ir a un país extranjero para ayudar a extender el reino de Dios, dos preguntas se nos presentan. Primeramente: ¿estamos suficientemente informados sobre el reino de Dios y sus infinitas riquezas? Este problema pide cuidadosas deliberaciones, en las cuales yo no puedo entrar aquí. El segundo deseo es adquirir conocimientos básicos sobre el país y las gentes con las cuales vamos a trabajar. Esto pide una preparación especial. Me contentaré con algunas consideraciones generales en relación al Extremo Oriente.

Lo primero que no debe olvidarse al ir a un país extranjero es que la naturaleza humana es esencialmente la misma y que bajo todas las diversidades de costumbres, de maneras de vivir, están ocultas "las semillas del Verbo", que, si ellas están expuestas a la gracia divina, florecerán en bellas virtudes cristianas y llevarán los frutos de sabiduría y de santidad a su tiempo. Todas las religiones naturales han salido de estas semillas, pero no son jamás absolutamente puras, porque la cizaña se arroja por todas partes al mismo tiempo que las semillas de la verdad. Solamente por la luz de la revelación podemos discernir y separar la una de la otra.

El apóstol laico debe, pues, hacer suyo el espíritu de la Iglesia, tan claramente dibujado por nuestro Padre Santo el Papa en la encíclica "Evangelií. praecones": La Iglesia, desde el comienzo hasta nuestros días, ha seguido siempre esta sabia práctica: que el Evangelio, cuando se introduce a un nuevo país, no destruye o no extingue lo que su pueblo posee que es naturalmente bueno, justo y bello. Pues la Iglesia, cuando llama a los hombres a mayor cultura y a un género de vida mejor bajo la inspiración de la religión cristiana, no obra como el que indiferentemente corta y arranca un floreciente bosque. No; ella injerta un buen retoño en el tronco salvaje, a fin de que pueda producir una cosecha de frutos más deliciosos." Es exactamente "lo que su eminencia el Cardenal Celso Costantini tenía intención de hacer en China"... Conservar y profundizar la antigua cultura china nacional, dándole el rejuvenecimiento del cristianismo. En efecto, no es esto sino una forma cristalizada de la tradición viva de los misioneros católicos de China desde los días de Mateo Ricci.

Diferencias de mentalidad entre Oriente y Occidente

Debemos comprender además ciertas diferencias notables entre la mentalidad occidental y la mentalidad oriental. No sé por qué el espíritu oriental es rápido en captar las analogías y las identidades, mientras que el espíritu occidental es vivo para notar las distinciones y las diferencias. En su interesante libro "Con los ojos de oriental", el padre H. Van Straelen, S. V. D., observa: "En numerosas regiones del Asia a las gentes les gusta ver una bruma suspendida sobre las montañas que les rodean; prefieren un sol más o menos oscurecido por las nubes o tratando de horadar la niebla que un cielo y un sol claros, despejados y quemantes. Esta misma actitud se muestra claramente en su vida religiosa. Prefieren esfumar los contornos marcados. La precisión en la enseñanza religiosa los impresiona como algo desagradable" (página 116).

El padre Van Straelen deplora que "a menudo los occidentales que han ido a Oriente eran ignorantes de los valores de la cultura oriental y sin preparación para apreciar los nobles y magníficos elementos de la vida oriental" (página 123). Aconseja a los apóstoles laicos que pongan atención al "vasto campo del misticismo oriental, a las experiencias de estas almas innumerables que buscan la unión con Dios por las prácticas del renunciamiento y de la penitencia corporal. Cuando el cristianismo penetra en la herencia social y las tradiciones espirituales del Oriente, podemos esperar que veremos nuevas expresiones de la vida cristiana. El Asia, lo mismo que Europa, debe dar a Cristo su testimonio, y pienso, salvo mejor juicio, que el último comentario de los Evangelios no puede ser escrito antes de que la China, el Japón y la India hayan sido cristianizados" (pág. 51).

Yo querría solamente añadir que la exploración del "vasto campo del misticismo oriental" no debería hacernos pensar como si no hubiera profundos elementos místicos en la herencia de la Iglesia católica. Es sólo en los tiempos modernos cuando el espíritu occidental se ha inclinado más y más hacia una tendencia analítica. Pero los grandes santos y teólogos, como la Iglesia misma, no han carecido nunca de equilibrio entre la lógica y el misticismo, la acción y la contemplación, la razón y la fe, la naturaleza y la gracia.

Los apóstoles laicos, es verdad, están más expuestos a las corrientes occidentales; y, sin embargo, les sería provechoso gustar algo del misticismo oriental. Pero sería aún mejor si ellos quisieran volver a estudiar la Sagrada Escri-

tura, la "Imitación de Cristo", las "Florecillas de San Francisco", la "Nube del desconocimiento", las obras de San Bernardo, San Buenaventura, Santa Teresa de Ávila, San Juan de la Cruz, Santa Catalina de Sena, Santa Catalina de Génova, San Francisco de Sales, Juan de Caussades, Lallement, Isabel de la Trinidad, Don Marmión, algunos comentarios de San Benito, los ejercicios espirituales de San Ignacio, "Las tres etapas de la vida interior", del padre Garrigou-Lagrange; "La evolución mística en el desarrollo y la vitalidad de la Iglesia", de Arinterro; las grandes encíclicas sobre temas espirituales y sociales y, finalmente, la Autobiografía de Santa Teresa de Lisieux, que es una suma de espiritualidad católica en miniatura. Teniendo como bagaje el amor espiritual de nuestra Iglesia, los apóstoles laicos pueden embarcarse en el estudio del misticismo oriental. De esta manera no sólo podrán gozar de un conocimiento verdaderamente penetrante del espíritu oriental, sino que podrán también realizar lo que los orientales aspiran y buscan a tientas.

Doctrinas orientales que facilitan el cristianismo

A mi parecer, uno de los fenómenos más notables en la historia del mundo es que en algunos siglos que han precedido inmediatamente a la Encarnación del Verbo divino se han levantado en Oriente como en Occidente hombres de una sabiduría superior cuya estatura ha permanecido insuperada en la historia de sus países respectivos. Para limitarse al Oriente, hombres como Gautama Buda, Confucio, Lao Tzu, Chuang Tzu, Mocius, han difundido doctrinas morales y espirituales que han cesado de influir en la vida y el pensamiento orientales típicos. Pero lo que me parece importante en el plan de la divina Providencia es que estos grandes hombres eran pedagogos para llevar los hombres a Cristo. Puedo dar testimonio de esto por mi experiencia personal y no dudo que esto sea verdadero también para muchos chinos que han abrazado la fe católica.

Por experiencia personal, las lecciones y los ideales que había sacado de los sabios de Oriente eran como una mitad de medalla dentellada que el Señor había colocado entre mis manos, de manera que cuando yo llegara a descubrir la verdadera religión pudiera identificarla con la otra mitad en su mano, porque las cortaduras de las dos encajaran perfectamente.

Antes de ser católico escudriñé en el confucianismo, en el taoísmo y en el budismo; pero aunque encontré en todos ellos destellos de clara luz, ninguno, sin embargo, me satisfacía el espíritu ni el corazón. Mi ideal de perfección era ser fiel a mis deberes domésticos y sociales y cultivar mi espíritu por un estudio asiduo de las humanidades, como lo recomendaba Confucio a todos los letrados, y al mismo tiempo ser desprendido como un taoísta frente a toda realización, moral o intelectual, de suerte que, por inteligente y virtuoso que uno pueda ser, sin embargo se pueda sentir como sin inteligencia y sin virtud. Por encima de todo eso, yo quería gastar toda mi vida como los budas y los bodhisattvas, en el bien de los otros, en el completo olvido de mí mismo. Pero no encontraba medio para combinar estos ideales. Y la ironía de eso era que cuanto más alto llevaba mi ideal de perfección, más bajo caía. Y cuanto más deseaba combinar todo lo que había de verdad, de bondad y de belleza en las tres escuelas, menos lo lograba en ninguna. No había contado con la necesidad absoluta de la gracia divina y había perdido de vista la debilidad de la naturaleza decaída. Además, estos grandes hombres de otros días eran todos almas convencidas y sinceras, y sus maravillosas realizaciones, cada una en su línea propia, no podían ser enteramente dotadas por sus propios esfuerzos humanos. Lo que el padre Cyrille Bernard, T. O. C. D., ha dicho de los sabios hindúes, me parece igualmente aplicable a Confucio, Lao Tzu y Buda. "Debí de haber en la India—como hubo en otras partes del mundo—almas temerosas de Dios que recibieron de El luces especiales, pues tal era la economía de Dios antes de su revelación personal en Cristo. Nos atrevemos a hacer esta sugestión porque una explicación simplemente naturalista apenas puede dar cuenta de las alturas verdaderamente extraordinarias a las cuales se han elevado las especulaciones teológicas y los esfuerzos ascéticos de los hindúes de los primeros tiempos" (Hinduism in Spot light, pág. 7).

Para decir la cosa en pocas palabras, he fallado miserablemente al ensayar por mis simples esfuerzos de combinar las buenas cualidades de tres grandes gigantes. Ellos podían haber recibido gracias especiales de Dios, pero no podían transmitir las a los demás.

Por otra parte, su idea de Dios no tenía sino una faz. Confucio, como Mocio, concebían a Dios como una Persona que tiene inteligencia y voluntad. Estaban en el buen camino, pero tendían a hacerlo demasiado humano y demasiado semejante a un antecesor de la humanidad. Por otra parte, el taoísmo y el budismo parecen haber puesto atención ex-

Responsabilidades actuales de los laicos en el Japón

Informe del representante japonés, Dr. M. D. HASEGAWA

La silenciosa oscuridad de la persecución que había tendido un sudario sobre nosotros hace doscientos cincuenta años fué disipada hace cerca de un siglo. La semilla sembrada en la sangre y en las lágrimas de nuestros mártires se ha convertido lentamente en robusto árbol. Sólo en los últimos diez años el número de católicos se ha doblado. Sobre todo la ignorancia y la incompreensión hacia la Iglesia están desapareciendo al entrar ella cada vez más en la vida pública. Mientras que fuimos odiados o ignorados hace un siglo, ahora se nos acepta como parte y porción de la vida religiosa de la nación; somos más que tolerados: somos deseados y admirados.

Los laicos católicos japoneses estamos siendo instruídos en los métodos modernos de apostolado por nuestros Obispos y sacerdotes. En varios aspectos esto nos ha llevado a intentar audaces experimentos, que son eminentemente católicos y, sin embargo, eminentemente japoneses. Estamos convencidos de que por medio de nosotros, con la gracia de Dios, nuestra nación será un día de Cristo.

Cuando Japón conozca a Cristo, asombrará al mundo

Por medio de nosotros, doctores, trabajadores sociales, obreros, empleados, políticos, Japón debe oír por primera vez en la historia moderna la auténtica voz de Cristo. Japón debe sentir sus tiernas manos que vierten el óleo de la caridad y comprensión mutua en las llagas nuevas y antiguas. Cuando Japón vea a Cristo, al Cristo real, al Cristo íntegro, y cuando lo sienta inequívocamente presente en nuestras humildes maneras de vivir, entonces Japón lo elegirá con tal integridad de corazón y con tal sencillez de propósitos que asombrará al mundo.

En preparación de este Congreso, miles de nosotros hemos estudiado la tarea que tenemos por delante. Por medio de nuestro Comité de Apostolado hemos emprendido una encuesta nacional sobre nuestra vida religiosa y sobre la de nuestros hermanos no católicos. Esto es lo que hemos encontrado:

Muchos pretenden ser encarnación de Cristo en el siglo XX

Las antiguas religiones del Japón, budismo y shintoísmo, han sufrido un serio descalabro. Veinticinco por ciento (casi 20 millones de personas) no reconocen ya ninguna relación personal con la religión tradicional de su familia.

Aquel que llene ese vacío conquistará sus almas.

Hay en Japón varios cientos de nuevas religiones que tratan de llenar ese vacío; hay también ese disfraz de religión, el comunismo, que lucha fuertemente por la posesión de estas almas. Pero bajo este hecho encontramos algo increíble: en esta confusión de voces percibimos la evidente llamada de Cristo. Actualmente hay en Japón muchos fundadores de nuevas religiones que pretenden ser la encarnación de Cristo en el siglo XX. No hay nadie que pretenda ser Buda. Esta pretensión es más patética que ridícula. Nosotros somos los portadores de Cristo a nuestra gente. En nosotros—y solamente en nosotros—Cristo se ha encarnado de nuevo. A través de nosotros El nos dice que será conocido o ignorado, amado u odiado por 90 millones de gentes.

Rasgos de la psicología religiosa japonesa

Nuestra encuesta ha descubierto algunos de los rasgos fundamentales de nuestra psicología religiosa. Nosotros los japoneses ponemos más atención a la persona del que habla que a lo que dice. Es también una cuestión de cortesía entre nosotros, así como una natural timidez, que en materia de religión no nos atrevamos a abordar directamente al sacerdote. Debemos ser previamente presentados a él.

Nuestra encuesta nos dice que el 30 por 100 de los 2.666 no católicos que respondieron a nuestros cuestionarios, en uno o en otro momento pensaron entrar en la Iglesia católica. Pero el 50 por 100 se queja de que jamás fueron invitados por un católico a venir a la Iglesia. Nosotros, católicos japoneses, debemos ponernos en contacto con esa gente, para que no se pierdan para Cristo.

La hora de la familia

Teatro emocionante, humor, drama y, en el fondo, siempre un hermoso mensaje de paz, de alegría, de unidad familiar. Este es el programa que ofrece todas las semanas la Cruzada Mundial del Rosario en Familia.

Todos los viernes, a las 10,30 de la noche, conecte su aparato de radio con cualquiera de las 33 emisoras de la Sociedad Española de Radiodifusión.

Más de un millón de familias españolas ya lo escuchan.

¿Por qué no lo va a escuchar?

Pruebe a hacerlo, y, tanto si le agrada el programa como si le desagrada, no deje de escribirnos.

En Japón, la amistad empapada en la oración y en la suave fragancia de una vida católica ejemplar es el más poderoso imán espiritual. Al menos un 70 por 100 de nosotros los convertidos hemos sido llevados a Cristo por medio de un amigo.

Nuestro pueblo no ha perdido del todo aquellas predisposiciones naturales a la gracia que arrebataron el corazón de un San Francisco Javier. Nuestra encuesta revela que en 1957 un 27 por 100 de nuestros no católicos que respondieron creen en la existencia de Dios "creador de cielos y tierra". Hay un 57 por 100 que piensan que la religión es necesaria para sus vidas; el 28 por 100 expresó su respeto por la Iglesia católica.

Pío XII, popular donde los católicos son insignificante minoría

Nos sorprendió gratamente el saber cuán popular es el Padre Santo entre nuestra gente.

En Japón somos una insignificante minoría (dos católicos por cada mil no católicos). Tenemos que sobreparar en calidad lo que nos falta en número. Debemos aprovechar la técnica moderna. Necesitamos, en una palabra, además de la oración y celo, una mayor unidad y una mejor organización.

Es claro que los intereses del Japón, sea en el campo económico o político, nacional o internacional, están elocuentemente expresados en la posición oficial de la Iglesia Católica en este asunto. Cuando nuestro Padre Santo habla sobre honestidad en la vida pública, sobre el respeto debido a la prole antes de nacer, sobre los derechos naturales de todo hombre y de toda mujer a una habitación decente y a un digno nivel de vida; cuando apremia a las naciones para que olviden sus agravios mutuos y se estrechen las manos y los corazones en la edificación de un mundo nuevo, un mundo mejor, entonces El está hablando en favor de los millones de entre nosotros cuya taza cotidiana de arroz casi nunca está llena y que apenas tienen el espacio de un lecho de paja que puedan llamar su "propiedad". Sobre todo El habla insistentemente y en ademán de súplica por los millones de niños recién nacidos que sucumben víctimas de la codicia sin entrañas de los hombres. En todos los campos el Padre Santo levanta su voz, que encuentra un eco en los mejores anhelos de nuestros corazones y en las más nobles tradiciones de nuestro pueblo.

Y con todo, uno siente tristeza al pensar que son tan pocos los compatriotas que sepan que lo que busca ya está entre ellos.

Sentimos estar todavía lejos de este ideal de unidad entre nosotros, unidad que Cristo mismo estableció como el signo por el cual las naciones reconocerán a sus discípulos.

clusivamente en el carácter indefinible y misterioso de Dios, de suerte que Dios no tenía absolutamente nada de común con el hombre y todas las ideas del hombre sobre lo justo y lo falso venían a ser relativas. Ni una ni otra de estas maneras de pensamiento satisfacían mi espíritu; no conocía otro medio para conciliarlos. Mi espíritu no encuentra reposo sino en la visión cristiana de Dios como a la vez oculto y revelado. El condescendió en revelarse a los hombres en la medida de sus medios, pero más allá de este límite queda oculto. Esta distinción no debe separarse jamás en la contemplación de Dios, pues presenta una vista completa. Pero los dos grupos mencionados más arriba la habían dividido en dos. Confucio y Mocio hacían converger su atención sobre la segunda línea, mientras que para los taoístas y los cristianos es completamente diferente. Nadie es más explícito y analítico

que Santo Tomás de Aquino en la exposición de partes reveladas de la verdad divina; sin embargo, él podía decir sin contradicción: "He aquí el conocimiento final de Dios: Saber que no conocemos a Dios." Pues "mientras perfectamente conocemos a Dios en esta vida, más comprendemos que El supera todo lo que el espíritu puede concebir" (Santo Tomás, II-II, q. 8, art. 8).

Mi hermano, doctor Francis J. Sheed, lo ha dicho muy bien: "Sin Dios, todo pierde su telón de fondo." Yo sólo querría añadir que, sin la nube del desconocimiento mismo, nuestro conocimiento de Dios perdería su telón de fondo. Pero como dice Hugo de San Víctor, "el amor golpea y entra, pero el conocimiento permanece fuera". En la tarde seremos examinados, no por nuestro conocimiento, sino en el amor. Con esto dejadme concluir.

El papel de los laicos en la India

Informe del representante indio, Dr. MARIADAS RUTHNASWAMY

La India es todavía un país de misión, a pesar de sus cinco millones de católicos y sus cinco millones de otros cristianos. Sólo unos 3.000 sacerdotes hay actualmente ocupados en el trabajo parroquial: un sacerdote por cada 1.500 almas. Es demasiado trabajo para un solo sacerdote. El sacerdote no sólo debe atender al ministerio espiritual. Generalmente debe dirigir una escuela, frecuentemente distribuir medicinas y algunas veces editar un periódico. Aún más, el número de sacerdotes disponibles para las parroquias y el trabajo misional tendrá que reducirse debido a la nueva política del Estado respecto a la concesión de visados a los misioneros extranjeros. Por tanto, los laicos tienen un campo de servicio mucho más extenso.

En primer lugar, el laico puede hacer mucho para aligerar la carga del sacerdote parroquial. Puede enseñar en las escuelas. Si es maestro de escuela en las aldeas, puede ser catequista del pueblo. Existen los cuarenta o cincuenta millones de las tribus aborígenes y los intocables, que hay que alzar al nivel de civilización y cultura de la sociedad que los rodea.

La elevación del bajo nivel social, tarea de los seglares

El 80 por 100 de la población es analfabeta. La situación del alojamiento es desastrosa. La mayoría de los obreros viven en una habitación alquilada en los arrabales de Bombay y en los suburbios de Bengala. En las aldeas, el 75 por 100 de la población vive (los seis o siete de una familia) en chozas de barro, de una sola habitación, cubiertas de paja. La conciencia social de la población hay que levantarla en lo que se refiere al matrimonio de los niños, educación de las niñas (por cada cinco niños, una niña va a la escuela), la fragmentación de la propiedad rústica, debida a las leyes de herencia hindú y musulmana, que obligan a la repartición de la propiedad por partes iguales entre los hijos. La legislación social, como la ley de restricción de los matrimonios de niños y la ley de la antiintocabilidad, permanecen letra muerta por falta de educación social. Este es un trabajo a propósito para el laicado católico de la India. No es que en su reducido número pueda pretender resolver estos problemas en escala nacional. Todo lo que puede hacer es educar la opinión pública en estas materias y unirse y tomar una parte directa en todos los trabajos sociales en general y organización de servicios.

Se necesitan dirigentes sociales

Estas grandes oportunidades de trabajo no pueden ni deben ser tomadas por manos impreparadas y no formadas. Esa preparación no la tienen al presente. Nuestras escuelas y colegios están muy ocupados preparando a sus discípulos para los exámenes. Ni los maestros ni los discípulos tienen tiempo o energía para esta preparación. La preparación del laico debe ser postescolar o posterior a la carrera. Las instituciones para la preparación de dirigentes que han surgido, bajo el patrocinio católico, en Madrás, Calcuta, Jamshedpur, señalan el camino.

La dirección social es la gran necesidad de la India. Tenemos suficientes

dirigentes políticos. Pero las sociedades voluntarias, el trabajo social y los servicios no tienen dirigentes competentes. Los sindicatos de la India no tienen dirigentes propios. La economía y la vida rural esperan organización y dirigentes. Los católicos pueden ofrecer buena parte de esta preparación a la dirección y organización. Sería una deslealtad inconmensurable a la religión y al país si los católicos se rehusasen los servicios que necesita.

Y es servicio que sería grato al pueblo. Nuestras escuelas, colegios, orfa-

natos, asilos de ancianos, leproserías gozan de una reputación merecida. Las nuevas instituciones para la formación de organizadores y dirigentes serían igualmente bien recibidas. La juventud católica está pronta para ofrecerse a esta preparación. Pero deben pertenecer a las profesiones independientes de enseñanza, medicina, abogacía y comercio e industria, no a los servicios gubernativos, que absorben la gran mayoría de nuestra juventud educada. Se requiere una organización dependiente de la Jerarquía. Tal organización permitirá al laicado de la India conducir sus actividades fructuosamente y les permitirá cumplir la misión para la que ellos, en común con el laicado del mundo, han sido llamados por el sucesor de Pedro.

Responsabilidades actuales de los laicos en Africa

Informe del representante de Uganda, señor PAUL SEMACULA

Continente joven que ahora empieza a pasar de las supersticiones paganas al cristianismo; de la vida primitiva, a la civilización moderna; de una economía que bastaba para hacer vivir, a la industrialización y del estatuto colonial, a la independencia política, Africa es hoy el escenario de una evolución rápida. Dados estos cambios tan rápidos, la tarea de la Iglesia es ciertamente muy difícil, y el laicado, en colaboración con la Iglesia, debe desempeñar un papel eficaz en la preservación y la extensión de este don de la fe a Africa.

El actual estado de transición es el momento crítico para la historia de Africa. La situación pide dirigentes verdaderamente cristianos con cualidades de clarividencia, de serenidad y espíritu de sacrificio. Aquí el campo de acción para el laicado africano es inmenso.

Necesidad de dirigentes

Ahora más que nunca, Africa pide dirigentes africanos de carácter, íntegros, valientes y celosos para adaptar la vida cristiana y ayudar a resolver los diferentes problemas a los que el entero continente africano será arrastrado por la evolución actual.

Dado que los territorios africanos tienden hacia una independencia política, es deber de los laicos el tomar la dirección de los asuntos públicos con el fin de que el cristianismo pueda extenderse y tenga una influencia importante sobre la vida nacional de este país.

En las ciudades deben trabajar para eliminar los males que surgen con la industrialización: problemas de alojamiento, de insalubridad, de prostitución, de alcoholismo y de delincuencia infantil. Deben ser abogados de un programa económico atrevido, de un salario vital familiar, de una mejora en la vivienda, enseñar a la gente que haya perdido la seguridad de la vida de tribu a vivir como buenos ciudadanos, adaptándose a un nuevo ambiente, construyendo una nueva comunidad sobre las sanas bases cristianas. Deberán poner en práctica las enseñanzas sociales de la Iglesia y hacer desaparecer los elementos de la dote o del precio de la mujer, que tienen sobre la sociedad africana un efecto envilecedor, y educar y alentar a las mu-

jerías católicas a tomar una parte activa en las actividades sociales y culturales de sus compañeras de Africa.

Hay que suprimir la segregación racial

Hay problemas agudos que piden una solución urgente. La justicia social exige que todos tengan acceso con el mismo derecho en las actividades económicas, sin distinción de raza o de color.

En la mayor parte de los países de Africa, los que tienen entrada a las ciudades son los no africanos, ya por causa de la severa reglamentación sobre construcciones que exigen la aportación de capitales que están muy fuera de las posibilidades de los africanos, ya por causa de una legislación discriminatoria racialmente, la cual impide a los africanos participar enteramente en la vida de las ciudades, que son los centros económicos y los hogares de la actividad social e intelectual. Esta práctica administrativa tiene consecuencias económicas muy profundas que suscitan sentimientos de frustración y aguda irritación, y es una fuente de amargura y de inquietud en toda Africa. Sería necesario que los laicos lucharan con todo el coraje suficiente para suprimir esa injusticia social, que es capital, y que aportaran su ayuda para establecer la igualdad racial en Africa.

Blanco fácil para el materialismo ateo

Asaltada por ideas nuevas y puesta ante problemas de segregación racial, por la pobreza, por la subalimentación y la enfermedad, Africa puede convertirse en un blanco fácil para las influencias materialistas que actualmente corren por el mundo. Para alejar el peligro de una propagación del comunismo ateo sobre Africa, es necesario tentar todo lo posible para que cesen esas condiciones que violan la justicia social. No se puede rechazar el comunismo y querer que continúe la segregación. Esos dos males no deberían existir en el continente africano y deberían ser radicalmente eliminados.

La doctrina social de la Iglesia, aplicada adecuadamente, es la única solución posible, y los laicos tienen la inmensa responsabilidad de estudiarla y aplicarla.

El esfuerzo de los misioneros, bende-

LOS CATOLICOS EN AMERICA

Actuación católica en Estados Unidos

Informe del representante norteamericano, señor
ROBERT H. MAHONEY

Nos concretaremos a los Estados Unidos. La semilla de la fe lanzada por los misioneros venidos de Europa hace siglos ha dado nacimiento a una rica cosecha, pues hoy, entre los dos océanos que limitan los cuarenta y ocho estados, existen veinticinco provincias eclesiásticas, donde unos 50.000 sacerdotes consagran su vida a la salvación de las almas.

En estos diez últimos años han sido creadas 1.500 parroquias nuevas, y el número de los católicos ha alcanzado la cifra de 34.386.351. Y, sin embargo, no podemos olvidar que en una sociedad pluriconfesional, que comprende cerca de 300 sectas protestantes, los católicos representan sólo un 20 por 100 de la población. Aunque existan en cada uno de los 48 países una o varias diócesis, cerca del 80 por 100 de la población católica está agrupada en un 20 por 100 del territorio, en la región que se extiende al norte del valle de Ohio y al este del valle del Mississippi.

Prefieren escuelas a iglesias

En 1829, en el primer Concilio Provincial de Baltimore, los Obispos juzgaron absolutamente necesario que se fundasen escuelas. La respuesta a este decreto fué tan entusiasta y tan generosa, que hoy se estima que el 12,5 por 100 de los alumnos de las escuelas primarias y secundarias reciben su educación en escuelas edificadas y sostenidas por los laicos católicos sin el menor subsidio del Gobierno. Al mismo tiempo, pagando los impuestos, los católicos sostienen las escuelas del Estado.

Los Obispos afirman que los laicos reclaman con más insistencia escuelas católicas. El pueblo prefiere la construcción de escuelas más que la construcción de iglesias, aceptando con gusto los inconvenientes de asistir a misa en un templo improvisado con tal que sus hijos puedan recibir las ventajas de una educación religiosa.

Intensa vida espiritual

El crecimiento prodigioso del número de organismos y de instituciones reli-

cido por Dios, ha tenido un gran éxito; el número de los cristianos aumenta, y la obra de la Iglesia se cumple en algunos lugares bajo la dirección de Obispos africanos. Esto es una fuente de inmenso gozo para todos los cristianos, y nosotros deberíamos elevar una oración a Dios como signo de gratitud por los misioneros que llevaron la fe a Africa.

Una gran parte del desarrollo de Africa de hoy día tiene su origen en la obra de audaz penetración cumplida por los misioneros en la educación.

Los laicos africanos tienen, pues, una gran responsabilidad. Es necesario que ataquen el problema con dirigentes convencidos y con verdadero espíritu de apostolado; y así, con la fuerza del ejemplo, de la acción, de su vida sobrenatural, sean los defensores de la fe y la comuniquen a la inmensa masa que todavía espera el mensaje de salvación.

giosas corresponde a la importancia cada vez mayor dada a los fundamentos espirituales de nuestra fe. La asistencia a la misa dominical del 62 por 100 al menos de los fieles y el uso más frecuente del misal son signos de un profundizar cada vez más en la significación del sacrificio de la misa. Gracias a la influencia de la renovación litúrgica se nota en las iglesias de los pueblos, así como en las catedrales, una participación satisfactoria de niños y adultos que toman parte con el clero en el culto.

Gracias a las modificaciones recientes relativas al ayuno eucarístico y a la innovación de las misas vespertinas, los días festivos y primer viernes hay un acrecimiento notable del número de comuniones; se estima que en algunas iglesias del centro de la ciudad el número se ha cuadruplicado. El fervor de muchos ha sido estimulado por los clubs "del primer viernes", organizaciones en las cuales se reúnen para una conferencia religiosa, durante una comida, que sigue a la misa y santa comunión de este día; también por la Asociación de la Adoración Nocturna, en la cual los miembros, por millares, hacen una hora de oración y meditación delante del Santísimo Sacramento la noche del primer viernes. Otros son animados a acercarse con más frecuencia a la sagrada mesa por la agrupación de la comunión mensual parroquial, por las cruzadas para la comunión familiar del domingo y por otras devociones, comprendidas entre éstas la de Nuestra Señora de Fátima.

Aunque hayan sido construídas en varias diócesis casas de ejercicios, el atractivo de este género de actividad espiritual se ha desarrollado de tal manera que muchos establecimientos de educación son utilizados para este fin varias veces al año.

Apostolado familiar, catequístico y social

Pero al mismo tiempo que se profundiza la fe en los individuos es necesario consolidar los fundamentos espi-

rituales de la vida de familia en un país donde un matrimonio de cada cuatro termina en el divorcio. La propaganda del "birth control", el coste elevado de la vida, el trabajo de las madres fuera de sus hogares, han hecho necesaria una nueva preparación al sacramento del matrimonio. Los centros llamados "Caná", donde los problemas espirituales, psicológicos y físicos del matrimonio son discutidos entre maridos y mujeres, han sido acogidos con entusiasmo. Con programas parecidos con el nombre de "Pre-Caná" han sido organizados para los novios.

Entre estos padres abnegados se reclutan un gran número de los 20.935 profesores laicos voluntarios que ayudan a los sacerdotes y a las religiosas para la instrucción de dos millones y medio de niños de las escuelas "no parroquiales", que reciben una educación religiosa especial fuera de las horas de clase.

El católico americano aprende "a amar a su país, a interesarse noblemente en su prosperidad y a respetar a la autoridad legítima y a obedecerla".

Durante cerca de cuatro décadas, la National Catholic Welfare Conference, organismo privado de los Obispos de los Estados Unidos, se ha preocupado de los problemas concernientes a la vida de la nación. Bajo la dirección de los Obispos, el Consejo Nacional de Hombres y el Consejo Nacional de Mujeres, federaciones poderosas que agrupan más de 19.000 organizaciones, se esfuerzan en llevar a cabo con éxito tareas que les son confiadas y en trabajar en la mejora del orden social.

Es evidente que el laicado debe participar cada día más en el trabajo apostólico de la Jerarquía en un terreno donde el 42 por 100 de los crímenes fueron cometidos el último año por jóvenes menores de dieciocho años, donde los fundamentos de los derechos humanos no son siempre reconocidos y donde el pluralismo religioso ha minado los fundamentos de la fe cristiana.

Un excelente educador se expresaba en estos términos: "Lo que América pretende sostener, aquello por lo que América lucha, aquello por lo que América sueña, no tiene realidad ni sustancia fuera de la fe en Dios." Hacer de esta fe una fuerza vital, atrayente, es a lo que el laicado americano debe consagrarse sin desviarse.

Responsabilidad de los laicos en la América latina

Informe del representante de Cuba, señor **JOSE LASAGA**

¿Cuáles son los problemas que con más urgencia tiene que atender la Iglesia en la América latina?

La mayor parte de los expertos suelen señalar cuatro: la falta de clero, la ignorancia religiosa, el problema económico-social y la crisis de la familia.

Estos males no se presentan en el mismo grado en todos los países ni son exclusivos de la América latina, y en los últimos años ha habido un gran despertar del catolicismo, que se caracteriza principalmente por el auge crecien-

te de los movimientos de apostolado secular.

1. La falta de clero

Las estadísticas más recientes dan un promedio de un sacerdote para cada 4.800 católicos. El problema se nos presenta en una forma todavía más aguda cuando no tratamos de obtener promedios de carácter general, en que entran muchos cientos de sacerdotes que están dedicados a diversos oficios distintos de la cura de almas, y en que la abundancia de clero en ciertas ciudades neutra-

liza la falta de sacerdotes en las zonas rurales. En la América del Sur hay un promedio de 11.800 almas por parroquia, 14.000 en la América Central y 18.000 en la zona del Caribe (1).

2. La ignorancia religiosa

De los veinte países que componen el grupo iberoamericano, incluyendo a Puerto Rico, sólo en nueve está permitida la enseñanza religiosa en las escuelas del Estado (2), y en muchos de ellos dicha enseñanza no ha sido organizada todavía en una forma satisfactoria. En alguno de estos países no se daba de hecho ni siquiera en el 30 por 100 de las escuelas oficiales.

Esto significa que en la mayor parte de las naciones de la América latina la instrucción religiosa de los niños depende por entero de las catequesis y las escuelas religiosas privadas. Ahora bien: por exigencias de tipo económico, acaso ineludibles, esas escuelas religiosas privadas educan en su mayor parte a niños procedentes de las clases alta y media.

Existe, por otra parte, una urgente necesidad de renovar la educación religiosa en nuestros países, y especialmente de modernizar, en sus programas, su contenido y sus métodos, la enseñanza catequística.

Y en estos defectos caen a veces hasta los colegios católicos. En algunos de ellos se le da al alumno una visión del dogma católico tan absolutamente infantil, que no es raro que su fe se resquebraje al llegar a la Universidad. En un estudio sobre la religiosidad de los alumnos de la Universidad de La Habana se vió que entre los estudiantes varones que habían recibido toda su educación primaria y toda su educación secundaria en colegios católicos había, al llegar a la etapa universitaria, alrededor de un 20 por 100 de hombres sin fe. Puede consolarnos pensar que entre las mujeres esta cifra se reduce a un 3 por 100 y que al lado de los que perdieron la fe hay un 80 por 100 que todavía la conservan—aunque no todos la practiquen en el mismo grado—; pero de todos modos, ese 20 por 100 nos está demostrando que la educación religiosa no es suficientemente eficaz ni siquiera en nuestros colegios secundarios (3).

No ha de asombrarnos, pues, que el protestantismo avance a grandes pasos. La causa principal, como decían en una pastoral colectiva los Obispos del Brasil, es la falta de preparación religiosa

de nuestros católicos (4). No llegan a constituir mucho más de un 2 por 100 de la población de los países iberoamericanos. Pero forma una minoría que posee grandes medios económicos y se expande rapidísimamente. En la América Central y las Antillas, de 1925 a 1952, el número total de protestantes se ha multiplicado por diez (5).

La masonería, muy poderosa siempre, está experimentando en estos momentos un cierto renacimiento. En Cuba, en las escuelas secundarias del Estado, hay un 13 por 100 de muchachos varones que pertenecen a asociaciones masónicas, frente a un 18 por 100 que pertenecen a asociaciones católicas (6).

Por otra parte, el espiritismo y las supersticiones no han llegado a desaparecer del todo ni siquiera en nuestras clases acomodadas. En el censo de 1950, en el Brasil aparecían 824.000 individuos que dijeron que su religión era el espiritismo. En Haití, el Vandou sigue siendo un grave problema para la Iglesia.

3. El problema económico-social

En casi todos los países, la mayor parte de la población vive en condiciones sumamente primitivas. Y esto es especialmente cierto de la clase campesina, que forma por lo menos las dos terceras partes de la población total de la América latina (7). Ocurre no solamente en aquellos países cuya economía pasa grave crisis, como Bolivia y Chile, sino en otros, como Venezuela, con una producción de riqueza "per capita" superior a la de Holanda, Alemania o Italia (8). "La situación del trabajador rural—ha dicho un Obispo brasileño, y podríamos repetir en todos los demás países—es, en general, infrahumana" (9).

Algo mejor, pero todavía indigna de una civilización cristiana, es la situación del trabajador urbano. En Buenos Aires hay miles de obreros calificados que llevan una vida comparable a la del obrero norteamericano; pero hay medio millón de almas que se desenvuelven en un nivel de vida inmensamente inferior. Y otro tanto ocurre en todas nuestras grandes ciudades, rodeadas por cinturones de barrios donde reina una verdadera miseria.

Las enormes riquezas de la América latina se hallan, pues, concentradas en grupos minoritarios, que pueden permitirse un género de vida comparable al de los grupos sociales más prósperos de los Estados Unidos o de la Europa occidental. Hay zonas en que se ha multiplicado mucho la pequeña propiedad; pero el contraste entre una minoría de ricos propietarios y una mayoría inmensa de desposeídos que viven misérrimamente, es la regla general.

La concentración de las riquezas de nuestros países en unas pocas manos se convierte, por otra parte, en un mal social todavía más grave por la mentalidad de la mayoría de los grandes propietarios. Entre nosotros abundan demasiado las personas que se creen excelentes

católicos porque, después de discutir hasta el último centavo el salario mínimo de sus trabajadores, dan generosas limosnas a los pobres o hacen notables donativos a la Iglesia. Y hay que señalar, con profunda preocupación por el porvenir de Latinoamérica, que en muchas de nuestras naciones, cuando se proponen medidas que favorecen a las clases trabajadoras y que suponen una ligera restricción a los privilegios de las clases más favorecidas, entre los que más luchan por echarlas para atrás figuran con lamentable frecuencia profesionales que se glorían de ser católicos prácticos, hombres de negocios que figuran entre los grandes benefactores de la Iglesia y políticos que en el terreno religioso son considerados defensores tradicionales de los legítimos derechos de los católicos. Y "la alianza de los cristianos con los fautores de injusticias (como dijo un día en Manizales el señor Obispo de Talca, monseñor Larrain) es siempre un grave escándalo" (10).

Con el problema económico-social se relaciona estrechamente el problema indígena, ya que en seis naciones del grupo iberoamericano el número de indios puros oscila entre la cuarta parte y la mitad de la población, y las grandes masas de indígenas (las excepciones no cuentan) pertenecen a las clases más pobres y menos educadas del país.

América latina constituye una de las regiones del mundo mejor abonadas para el avance comunista. En la mayor parte de las Repúblicas latinoamericanas, los partidos comunistas se hallan oficialmente proscritos; pero de hecho en todas ellas existen poderosas organizaciones comunistas, más o menos clandestinas, con fuerte arraigo en la masa obrera y ocupando muchos de sus miembros posiciones claves dentro de los principales movimientos de tipo sindical. Como se presentan, además, a las grandes mayorías de cada nación como los más eficaces defensores de la clase trabajadora, y como son maestros igualables en esas técnicas modernas que permiten a minorías exiguas controlar totalmente una nación, pueden llegar en un momento dado a alcanzar un poderío inmenso en muchos de nuestros países, como ya de hecho lo tuvieron en Guatemala en 1952 y lo están teniendo actualmente en la Guayana británica.

4. La crisis de la familia

Esta crisis se manifiesta, en primer lugar, por el bajo número de matrimonios religiosos en muchos países y por el alto número de uniones concubinarias. En uno de los que presentan una mejor situación en este punto de la vida de familia, se calcula que de cada cuatro ciudadanos hay uno de una unión no legalizada civilmente. Si se considera la legitimidad desde el punto de vista del matrimonio religioso, la cifra sería todavía un poco peor (11). Este problema llega a alcanzar proporciones gravísimas en las clases campesinas y obreras de algunos países, donde la cifra de uniones concubinarias llega a un 60 y hasta un 80 por 100 (12).

De los veinte países que forman el grupo iberoamericano, sólo en cuatro no se han establecido oficialmente las leyes

(1) Según el trabajo del padre William J. Gibbons, S. J.: «Estadísticas eclesísticas fundamentales para América latina» (Editorial World Horizons Report, de los padres de Maryknoll). (Citado en «M. C. Noticias Católicas», de la National Catholic Welfare Conference de Washington, en 6 de febrero de 1957.)

(2) Costa Rica, Panamá, República Dominicana, Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia, Brasil y Argentina. (En este último lugar fué derogada por Perú en 1955, pero los católicos trabajan por lograr su restablecimiento en la nueva organización política del país.)

(3) Datos inéditos de una encuesta verificada por la Agrupación Católica Universitaria de La Habana en 1956. He aquí las cifras completas para los estudiantes varones educados en colegios católicos: no tienen fe, 20 por 100; tienen fe, pero no practican, 35 por 100; tienen fe y practican, 45 por 100. En las muchachas los resultados son mucho mejores: sin fe, 3 por 100; tienen fe, pero no practican, 9 por 100; tienen fe y practican, 88 por 100. ¿Nos llevará esto a pensar como el padre Ranner, en Suiza, que en nuestra pedagogía religiosa actual hay algún fallo en relación con la psicología masculina de nuestra época?

(4) En la pastoral colectiva de los Arzobispos y Obispos del Brasil en enero de 1952.

(5) Según cifras recopiladas por el padre Prudencio Damboriena, S. J. (revista «Miles Christi», núm. 1, 1957, pág. 23).

(6) Datos inéditos de la encuesta de la J. E. C. Cubana (julio de 1957).

(7) F. A. O.: «Yearbook of Food and Agriculture», 1950, pág. 15.

(8) Datos de la pastoral de monseñor Rafael Arias Blanco, Arzobispo de Caracas, de junio del presente año, sobre el problema social en Venezuela.

(9) Monseñor Inocencio Engelke, Obispo de Campanha, en la I Semana Rural de parroquias (N. C., 24 de octubre de 1952).

(10) Monseñor Manuel Larrain: «Doctrina social de la Iglesia», en el libro que recoge los trabajos del I Congreso Católico Latinoamericano, sobre «Problemas de la vida rural» (Manizales, Colombia, 1953).

(11) N. C., 5 de junio de 1957.

(12) Tercera Semana Interamericana de Acción Católica: «Documentos» (Lima y Chimbote, 1953), págs. 102 y 120.

del divorcio, y aun en éstos hay una alta cifra de hogares rotos.

Un tercer aspecto es el problema del aborto y de la evitación pecaminosa de la prole. En Puerto Rico, el Gobierno ha establecido centros oficiales para la difusión de las técnicas anticoncepcionistas entre el pueblo, y en una de las grandes metrópolis de la América latina se ha calculado que el número de abortos por año es casi superior al de nacimientos. Este problema (es preciso que lo gritemos a todo pulmón) se halla estrechamente ligado en las clases trabajadoras, sobre todo en el obrero de ciudad, al problema económico. Al obrero se le coloca con gran frecuencia en una encrucijada terrible, en que, por razón de su miseria, debe elegir entre el pecado mortal y la virtud heroica, y el heroísmo de la virtud no es la ley general de los hombres.

Razones de optimismo

Al lado de estos problemas debemos poner, para completar nuestra exposición, algunas de las grandes razones que nos pueden permitir ser optimistas acerca del futuro de la Iglesia en esa vasta región que alberga dentro de sus fronteras a la tercera parte de los católicos del mundo.

1. La fuerte tradición católica

En primer lugar, la tradición católica de nuestros pueblos. En todos los países del grupo iberoamericano, sin una sola excepción, hay más de un 90 por 100 de bautizados (esto mismo podemos decir de Haití y las colonias francesas del Caribe), y en algunos de ellos los individuos que se consideran católicos constituyen más del 95 por 100 de la población.

El arraigado fondo religioso de nuestros pueblos se manifiesta a veces en las formas más paradójicas que cabe concebir. Las fiestas religiosas son todavía en nuestras ciudades y en nuestros pueblos una ocasión magnífica para observar el vivo sentimiento religioso de sus habitantes.

Somos, sobre todo, profundamente marianos. Como legítima herencia de España y Portugal, en Iberoamérica florece en todas partes vigorosamente la devoción a la Santísima Virgen. Hay hombres que ya no creen en la Iglesia, pero que creen todavía en la Santísima Virgen (13).

No es, por otra parte, nuestro catolicismo la expresión externa de un mero sentimentalismo religioso que se nutre exclusivamente de tradiciones pretéritas. Hoy día existe en casi todos los países de la América latina un vigoroso renacimiento católico, que puede llegar a transformar estas potencialidades religiosas de nuestros pueblos en una espléndida realidad de catolicismo integral. Y ello se debe, en gran parte, a la fuerza siempre creciente de los movimientos de apostolado seglar. Piénsese, por ejemplo, en la Acción Católica Mexicana, casi con medio millón de afiliados, o en la Confederación Brasileña de Congregaciones Marianas, que agrupa a más de 3.500 congregaciones. Y en lugares donde en el siglo XIX no se veía un solo hombre en las iglesias, hoy día abundan los hombres que no sólo van a misa, sino que participan activamente, por medio de la comunión, en el sacrificio del altar.

Aun en relación con la falta de sacer-

(13) B. I. P. de la A. C. U.: Encuesta nacional.

dotes, debe anotarse la espléndida floración de seminaristas que hoy nos brinda Méjico, y el gran avance obtenido por Colombia (14). No menos elocuente es el éxito de la campaña vocacional del Paraguay, que casi logró duplicar en un solo año el número de seminaristas de la nación.

En relación con la ignorancia religiosa debe notarse que las clases populares de nuestros pueblos tienen un vivo deseo de salir de ella. Cuando en Bolivia se hizo una encuesta acerca del establecimiento de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, hubo 1.595 maestros que respondieron afirmativamente, y sólo 22 que contestaron en forma negativa (15). Y cuando en la Argentina se introdujo la enseñanza religiosa en las escuelas del Estado, los padres de familia que pidieron que se instruyese a sus hijos en la religión representaban un 94 por 100 del total de padres de alumnos en la ciudad de Buenos Aires, y un 98,89 por 100 (casi un 99 por 100) en el interior del país (16).

La educación religiosa del pueblo en todas las formas posibles es hoy, en efecto, una de las principales preocupaciones. Citemos solamente, a manera de ejemplo, la gran obra de la Confederación Interamericana de Educación Católica, con sus filiales nacionales, y los estupendos frutos conseguidos entre los campesinos de Colombia por la famosa radio de Sutatenza, cuya labor ha empezado ya a ser imitada en otros países.

2. Creciente interés por el problema social y la crisis de la familia

En el terreno social hay que notar que, a pesar de todos los gravísimos errores que aún se están cometiendo, la actitud general de las clases trabajadoras no es todavía abiertamente hostil a la Iglesia o abiertamente favorable al comunismo, como ha ocurrido ya en muchos lugares de Europa. En una investigación hecha en Cuba se reveló que un 19 por 100 del pueblo pensaba que la Iglesia era más favorable a los ricos que a los pobres, pero había un 50 por 100 que opinaba que la Iglesia se ocupaba por igual de unos y de otros, y un 31 por 100 que afirmaba que la Iglesia se ocupaba más de los pobres que de los ricos (17).

En el seno de la Iglesia existe, por otra parte, un creciente interés en el problema social. Prueba de ello son las recientes pastorales del Cardenal Arzo-

(14) N. C., diciembre de 1954.

(15) Revista Interamericana de Educación Católica, julio-agosto de 1955, página 241.

(16) Carta colectiva del Episcopado argentino al ministro de Educación, 16 de marzo de 1955.

(17) B. I. P. de la A. C. U.: Encuesta nacional.

bispo de Bogotá, del Arzobispo de Caracas y del Cardenal Caro y el Episcopado chileno. En favor del adecentamiento de la vivienda popular son bien conocidos los movimientos iniciados por don Helder Camara en Río y por monseñor Landázuri en Lima y los que llevan los nombres de Emaús y Fraterna Ayuda Cristiana en Buenos Aires. Como medio práctico de mejorar el nivel de vida de los campesinos tenemos el movimiento de las cooperativas católicas, que va cada vez más en aumento en Colombia, la República Dominicana, Puerto Rico y otros países de la América latina. Los congresos de Vida Rural de Manizales, Panamá y Santiago de Chile han contribuido grandemente a crear entre los católicos el interés por el mejoramiento de las condiciones de vida del hombre del campo. Los católicos están también presentes en muchos países en una forma activa y eficaz en el seno de los movimientos sindicales de la clase obrera, y en algunos de ellos han logrado pesar en un modo decisivo, como en la Unión de Trabajadores de Colombia. La Juventud Obrera Católica va también avanzando con paso firme en casi todos los países y, al lado de otras asociaciones de apostolado seglar, preparando el gran retorno de la clase obrera al seno de la Iglesia. En Méjico, los congregantes marianos están laborando activamente entre las clases trabajadoras, y la coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe como Reina del Trabajo ha sido una magnífica ocasión para intensificar el avance católico entre la masa obrera.

En relación con la crisis de familia se nota también una gran preocupación en el Episcopado y en los dirigentes seculares católicos.

Lo que pueden hacer los seglares Valor del testimonio personal

¿Qué podemos hacer los católicos, y en especial los laicos, ante estos graves problemas del mundo contemporáneo.

En primer lugar, estudiarlos científicamente y tratar de resolverlos poniendo a contribución todos los progresos de la técnica moderna.

En segundo lugar, unirnos estrechamente en cada país alrededor de la Jerarquía eclesiástica.

En tercer lugar, aprovecharnos más de lo que lo hacemos actualmente de la cooperación internacional. Para citar sólo dos ejemplos concretos: ¿cuánto no ganaría entre nosotros la enseñanza religiosa si nuestras grandes organizaciones catequísticas estuvieran en un contacto más estrecho con el Centro de Estudios para la Formación Religiosa de Bruselas?, y ¿cuánto no podría aprovecharnos a todos en nuestras tareas de apostolado la lectura de la revista internacional de experiencias apostólicas "Le Christ au Monde", de Roma?

En cuarto lugar, debemos tener siempre muy presente que, como ha dicho tantas veces el actual Pontífice, la Iglesia necesita más de testigos que de apologistas. Un estudio hecho en Cuba de las reacciones de la opinión pública frente a la Iglesia ha puesto muy de relieve el papel primordial que representa la conducta personal de los representantes de la Iglesia. Entre los factores principales que contribuían a alejar al pueblo de la Iglesia figuraba decisivamente la conducta de algunos sacerdotes, bien por faltas en materia de castidad, bien por aparecer como demasiado preocupados por las cuestiones

CINCO COLECCIONES EDITADAS POR EURAMERICA, S. A.

Colección Mundo Mejor.
Colección Bien Común.
Colección Matrimonio y Hogar.
Colección Cristianismo y Mundo.
Colección Inquietud

Los católicos en el plano mundial

Las organizaciones católicas internacionales

Informe del representante americano, señor THOM KERSTIENS

Uno de los fenómenos sociológicos más característicos de nuestro tiempo es el deseo de comprensión y de cooperación internacional. Podemos notarlos en diversos niveles. Ante todo, se nota una tendencia creciente entre los Estados para elaborar acuerdos que regulen las relaciones recíprocas de modo pacífico. Esto no es una novedad para la Iglesia, que siempre ha trabajado en esta dirección. Hace tiempo que Suárez puntualizó este hecho en un pasaje famoso: "La raza humana, aunque dividida en innumerables pueblos y naciones, tiene, a pesar de eso, una cierta unidad, no simplemente física, sino también, en cierto sentido, política y moral. Por esto, aunque un Estado, una República o un Reino sean por sí mismos una sociedad perfecta y continua en sus miembros, también estos Estados son miembros en cierto modo del mundo, y esto con relación a la raza humana. Ninguna de estas comunidades es hasta tal punto autosuficiente que no exija

ayuda recíproca" ("De Legibus ac Deo Legislatore", lib. 2, cap. XIX, 9). Parece que las naciones reconocen hoy más que nunca la validez de lo afirmado por Suárez. No existe un Estado, ni siquiera los Estados Unidos o Rusia, que puedan asegurar la paz y la tranquilidad a su gente, aislándola del resto del mundo. Por lo tanto, somos conscientes de que la colaboración entre los Estados en el plan militar, político y cultural crece continuamente. Sobre todo, hemos visto nacer las Naciones Unidas y otros organismos. Concebidas durante la gran agonia de la segunda guerra mundial, son un precioso instrumento para la comprensión internacional, capaz de desarrollar una función que los fundadores más audaces y optimistas no han podido suponer.

Hemos de colaborar en la cooperación internacional

En esto consiste el trabajo de los hombres de Estado y de los hombres de una nueva categoría al servicio civil internacional. ¿Podemos nosotros sentarnos cómodamente en una butaca y dejarles a ellos el trabajo de asegurarnos una paz y prosperidad duraderas? Si somos realistas, la respuesta es: no. Debemos reconocer, por desgracia, que vivimos en un mundo en el que la técnica del Estado y la diplomacia se han secularizado completamente; o se han separado de la moral, en el sentido de ignorar la existencia de una ley válida objetiva para el mundo. Quiero repetir aquí, para aclarar mi pensamiento, lo que dijo el ministro de Asuntos Exteriores de los Países Bajos refiriéndose a la Conferencia de las Organizaciones Católicas Internacionales de La Haya en 1955. El señor Luns hubo de decir cuanto sigue respecto a la moral internacional: "¿Qué progreso podemos notar en la moral internacional, qué fidelidad a la palabra dada, qué altruismo o qué virtud que sean las bases de la concepción de la vida para la casi mayoría de las poblaciones de nuestros países? Si se piensa en este problema se da uno cuenta en seguida de la diversidad entre la moral individual y los principios, o, más bien, la falta de principios que regulan las relaciones internacionales. Modos de obrar que el individuo más mediocre no osaría aplicar a su vida privada, se emplean continuamente, sin ningún escrúpulo, en la vida internacional. Hipocresía, mentira, sed de poder domina la escena del mundo casi con la misma brutalidad de la era precristiana." No he citado esto simplemente para criticar el modo de obrar de los hombres de Estado en el campo internacional o para ridiculizar los organismos internacionales. Si hay alguien a quien reprochar las imperfecciones de las relaciones internacionales, estos somos nosotros, que no hemos sido capaces todavía de influir en la opinión pública, de tal modo que ningún nombre de gobierno pueda emplear una manera de hacer inmoral sin incurrir en el desprecio de la población a la que sirve. Es también necesario que el hom-

bre de la calle esté en situación de hacer oír su voz en un plan internacional.

Cooperación de los ciudadanos en organismos internacionales

Y ahora paso a otra forma de cooperación internacional; es decir, a la colaboración directa entre los ciudadanos de diferentes países en el cuadro de las organizaciones internacionales o, para usar el término de las Naciones Unidas, de las organizaciones no gubernamentales.

En estas organizaciones se puede hacer un precioso esfuerzo para superar el aislamiento espiritual del que hemos hablado anteriormente. Los hombres pueden haber nacido libres y no prudentes. Es preciso, a través de una educación internacional que, paso a paso, puedan superarse las barreras raciales o culturales y los prejuicios nacionalistas. Sobre todo, así se puede formar y dirigir aquel instrumento de importancia creciente, constituido por la opinión pública, y las organizaciones no gubernamentales pueden prestar una contribución exclusiva.

En el cuadro de los organismos internacionales debe ser posible, por lo tanto, formar una opinión que no esté fundada en prejuicios nacionalistas, culturales o raciales, sino sobre la paz, justicia y caridad. De este modo se crea un sistema mediante el cual puede dar su opinión la gente de buena voluntad y puede escucharse esta opinión sobre los grandes problemas que estamos afrontando. El hecho de que organismos que no participan del Gobierno hayan tenido influencia en el seno de las Naciones Unidas como miembros consultivos es una prueba convincente de que la técnica internacional de los hombres de Estado reconoce que aquéllos pueden prestar una eficaz contribución.

Acción mediante las organizaciones católicas internacionales

Ya que la división de este mundo existe, sobre todo, en la mente de los hombres, debe ser fácil para nosotros, educados en una fe que no admite prejuicios de raza, de cultura o de nación, superar esta barrera y llegar a la vanguardia de la nueva comunidad mundial. Nosotros podemos realizar esto en el cuadro de las organizaciones católicas internacionales. Y es verdad, además, que podemos organizarnos y levantar ante el mundo nuestra bandera de unión a través de Cristo. Y es verdad también que podemos erigir la voz de la opinión pública católica, la voz de la Iglesia católica frente al mundo. ¿Pensáis, acaso, que no tenemos nada que decir sobre los problemas de la justicia social, de la educación, del control de los nacimientos y de la paz? ¿Creéis que la Iglesia no pueda contribuir en nada a la asistencia técnica que ha practicado constantemente en los últimos siglos con sus actividades misioneras? Mediante las organizaciones católicas, la experiencia y la sabiduría de la Iglesia pueden entrar en el gran juego de la política internacional, para el mayor bien de la humanidad entera. Pero no podemos desempeñar este papel si no nos dejamos interesar por sus problemas, si no sufrimos sus agonías y si no somos inspirados por sus mismos fines. Tenemos la convicción de poseer la solución justa, aunque sea muy difícil que

económicas (18). Otra investigación complementaria reveló claramente que el factor principal que atraía a las personas a la Iglesia no era la solemnidad de los cultos, ni la grandeza de la doctrina, ni la sublimidad moral del celibato (que el pueblo, en general, no comprende), sino la fuerza irresistible de la caridad. "¿Qué cosas buenas encuentra usted en la Iglesia católica?", se preguntaba a nuestros estudiantes universitarios. Y la respuesta más frecuente de todas las que se obtuvieron, la que brotaba casi continuamente de todos los labios, es la que decía, con unas palabras o con otras: "Que predica la caridad, que practica la caridad" (19).

Si se nos pidiera ahora que resumiéramos en unas breves frases este trabajo sobre el catolicismo de la América latina, creo que podríamos decir: es una parte del mundo cuyos habitantes, en una absoluta mayoría, se sienten católicos, y en que hay grupos minoritarios que viven ejemplarmente su fe, y grandes masas que la viven sólo parcialmente, pero donde precisamente por razón de ese arraigado fondo católico que se halla en la mayoría de sus pobladores se hace más fácil que en otras partes del mundo la cristianización integral de la sociedad.

(18) B. I. P. de la A. C. U.: Encuesta nacional. He aquí la lista por su orden: 1) celibato; 2) «cobro de sacramentos»; 3) sacerdotes mercantilistas; 4) la confesión; 5) atención preferente a los ricos (discriminación económica); 6) «adoración de imágenes»; 7) conducta poco edificante de algunos sacerdotes, etc. Que el celibato sea algo que muchos encuentren mal en la Iglesia se debe no sólo a los malos ejemplos de algunos sacerdotes, sino al hecho de que en el pueblo está muy generalizada la idea de que la castidad perfecta es una cosa antinatural. Esta errónea creencia es, inclusive, uno de los factores que más decisivamente influyen en la escasez de vocaciones religiosas en la América latina.

(19) B. I. P. de la A. C. U.: Encuesta universitaria (inédita).

los observadores lo crean, cuando ven nuestro modo de obrar. Demasiados de entre nosotros dicen: "Todo está bien; dejemos el barco en paz." Pero no podemos quedarnos tranquilos, ni el mundo quiere quedarse así, y hemos de tener cuidado de no dar contestaciones a medias a sus problemas serios. Y nos encontramos frente a problemas serios.

La falta de justicia, fomentadora del comunismo

El problema de la justicia social, que muchos de nosotros percibimos dentro de la propia nación, pero que ignoramos completamente en un plano internacional, es uno de los más importantes. Hay poblaciones, en las naciones económicamente menos desarrolladas, que viven una época de miseria, y, sin embargo, todas pertenecen a la raza humana. Algunas estadísticas pueden demostrarnos que en la población de Estados Unidos una persona cada dos podrá estar en condiciones de tener coche, mientras otras estadísticas nos dicen que dos personas sobre tres en las poblaciones de desarrollo más bajo no saben leer ni escribir y tienen comida en una cantidad limitada, que sólo sirve para impedir que se mueran de hambre.

¿Creéis que la paz será posible en nuestro tiempo si la tercera parte de la población del globo se enriquece cada día más, y las dos terceras partes restantes se hacen cada vez más pobres? ¿Cómo podemos pensar en cristianizar los pueblos que no hemos ayudado antes a que se mantengan vivos? Este es el desafío al que está haciendo frente la humanidad y, de un modo especial, nosotros los cristianos, que en gran parte venimos de los países más desarrollados económicamente, que son al mismo tiempo los más cristianizados.

Ese es el problema del comunismo internacional. Si antes de la última guerra mundial, de cada doce hombres uno vivía bajo el régimen comunista, hoy la proporción es de uno a tres; la humanidad no ha presenciado nunca una extensión tan rápida de una ideología. ¿Qué podemos hacer? Los discursos anticomunistas llegan poco a los corazones, como lo ha notado justamente Tiberio Méndez: "Para el fellagh egipcio y para el rentero indiano que está muriéndose de hambre; para el trabajador debilitado por toda especie de enfermedades en las plantaciones de Guatemala o Brasil; para el mozo de Shanghai o de Soerabaia, la seguridad económica que le viene del comunismo es de una importancia mucho más inmediata que la libertad de palabra o del derecho a votar." El comunismo, no lo olvidemos, sigue la geografía de la miseria humana. Ha llegado, pues, el tiempo de darse cuenta de que la seguridad y la libertad de gran parte del mundo dependen hoy más de un progreso económico que de una defensa militar. El problema número uno de Asia hoy y de África mañana no es el comunismo, sino que millones de individuos necesitan una vida mejor y han descubierto que la pobreza y la miseria, el hambre y la peste no son el destino inmutable del hombre. Quiere esto significar que el comunismo será combatido con ideas nuevas que nos permitan hacer llegar el excedente de una nación a los estómagos vacíos de otra, que podrán sustituir los médicos hechiceros con médicos formados en las Universidades y que nos permitirán sustituir a los hombres con máquinas, las espadas con arados, sin causar desocupación. Ciertamente tenemos que hacer todo esto, pero

todavía no habremos resuelto el problema del comunismo. El punto crucial de todo ello es, como lo hacía notar un día el presidente Wilson, "que nuestra civilización no puede sobrevivir materialmente si no se redime espiritualmente". "Lo que se requiere—decía—debe incluir simpatía y ayuda y una voluntad de olvidar el interés propio para promover el bienestar, la felicidad y el contento de otros." En otras palabras: caridad cristiana.

El cristianismo, única contestación posible frente al comunismo

La única contestación posible al comunismo es el cristianismo, es un orden social cristiano que pueda adaptarse a las necesidades de la sociedad. La función del laico es la de construir los fundamentos de aquel orden. La contestación a los problemas espirituales de nuestro tiempo es el cristianismo, pero aquí también se debe construir una infraestructura; romper los prejuicios sociales, culturales y nacionales. Hay que asegurar la justicia social; las leyes internacionales deben estar en conformidad con la ley natural. El cuerpo político debe estar basado sobre el orden social cristiano para poder "abrir nuevos campos para la penetración del mensaje evangélico en la sociedad contemporánea".

Las naciones occidentales están haciendo grandes esfuerzos para defender sus territorios contra los ataques comunistas. Están gastando billones de dólares para crear una infraestructura, es decir, para construir líneas de comunicación, aeródromos, redes de radar, preparación necesaria para que un ejército esté capacitado para la defensa de ese área.

Nuestra contestación al desafío del comunismo debe ser la construcción de otra infraestructura; es decir, combatir la miseria y la pobreza, compartir nuestras ventajas materiales con gente menos privilegiada, pero, sobre todo, colaborar con ellos para asegurar a todos los pueblos la más alta condición del hombre en este universo: la libertad del espíritu. Y sólo la verdad puede hacer libre el espíritu.

¿Pero, ¿de qué sirve militar a favor de una causa sin tener un método y un plan con el cual esta causa puede triunfar? Para ese desafío de construir una comunidad mundial que esté basada sobre la paz y la justicia, la Iglesia tiene una contestación, basada sobre su concepción del hombre y del Cuerpo Místico. Se ha contestado a ese desafío de distintas maneras, cada una después de una larga experiencia adquirida en un campo determinado, cada una utilizando sus propios métodos. Podría mencionar algunas. Las órdenes religiosas han fundado la civilización cristiana en la historia primitiva de más de una nación europea. Las misiones, mucho antes de la existencia de las Naciones Unidas; mucho antes de que los africanos o los cristianos hubiesen oído hablar de asistencia técnica y de los programas del punto 4, habían visto al misionero trabajando, luchando contra la miseria y la pobreza, construyendo hospitales y escuelas, librando a los paganos del miedo al "Jujú", llevándoles a la gracia de un Dios misericordioso. Finalmente, las organizaciones internacionales católicas, la nueva y última

forma a través de la cual los laicos cristianos toman parte en la conquista del mundo para Cristo.

Crecimiento de las organizaciones católicas internacionales

Aunque relativamente jóvenes, las organizaciones católicas internacionales han crecido rápidamente. Encontramos entre ellas los Goliat, como la Unión Mundial de las Organizaciones de Mujeres Católicas, con 36 millones de mujeres en 70 naciones, o la Christian Trade Union, con tres millones de miembros, o la Young Christian Workers, con dos millones de afiliados. Encontramos también los David, como la Comisión Católica de Editores de Periódicos Católicos, o el International Catholique Bureau para el Cine, que unen ciertas profesiones. Hay muy pocas profesiones, clases o actividades que no estén unidas a través de una u otra organización internacional católica. Cuando tratamos del bienestar del niño, de la protección de los jóvenes o de la formación de los estudiantes; de la lucha contra el alcoholismo, de la formación religiosa, del apostolado del mar, encontramos que existen organizaciones para todas estas categorías.

Es importante también notar que las organizaciones internacionales católicas se van haciendo cada vez más y más internacionales, que se están extendiendo a todos los continentes del mundo. Sus actividades se desarrollan más y más en América latina, en Asia o en África. Este es un desarrollo saludable porque los cinco continentes pueden atraer la atención de todas las organizaciones internacionales. Esto vale de un modo especial para esas áreas en las cuales la Iglesia apenas ha dejado el estado inicial de su actividad misionera y los católicos forman una minoría infinitesimal. Los años próximos van a ser decisivos para el desarrollo de la Iglesia y a las organizaciones les queda un trabajo muy importante que hacer.

Llamamiento del Papa a las organizaciones internacionales

En "Fidei donum", ese magnífico documento nacido de la ansiedad apostólica del Soberano Pontífice sobre el futuro del catolicismo de las jóvenes Iglesias de África, leemos:

"Se deben fundar colegios y escuelas, y enseñar la doctrina católica en todos los grados. Deben establecerse organizaciones para la acción social, con el fin de guiar el trabajo de los grupos escogidos de católicos al servicio de la sociedad. La prensa católica debe desarrollarse en todas sus formas. Deben estudiarse las técnicas modernas para la difusión de la cultura, porque se sabe cuánto importa en nuestros días la opinión pública bien formada e iluminada. Sobre todo, hay que prestar atención al desarrollo creciente de la Acción Católica y la satisfacción de las necesidades religiosas y culturales de una generación que, privada de alimento suficiente, puede estar expuesta al peligro de gustar fuera de la Iglesia su sustento."

[El Papa lanza su llamada a toda la Iglesia y explícitamente a los laicos.

Hay, pues, una llamada directa para nosotros, para las organizaciones católicas internacionales. ¿Pueden éstas contestar a esa invitación? Si uno mira a las estadísticas, pueden contestar afirmativamente. Muchas de nuestras organizaciones católicas tienen ahora centros activos en 40 ó 60 e incluso 80 países. Pero numerosas son las dificultades que se tienen que superar.

No se adquiere en un día mentalidad internacional; el progreso viene lentamente, pero cuando vemos hoy que la Y. E. W. puede enviar un grupo de jóvenes desde Holanda para ayudar a sus hermanos de África oriental; cuando vemos que un estudiante indio es el presidente de una organización de estudiantes católicos irlandeses; que en el centro de una organización católica internacional se encuentran personas de nueve naciones distintas y de cuatro continentes trabajando con mucha armonía, entonces podemos tener esperanzas.

Sin embargo, es absolutamente necesario que las organizaciones católicas internacionales puedan contar con la colaboración activa de los laicos; que puedan contar también con mayor ayuda económica. Si, por ejemplo, se comparan las cantidades enormes que la comunidad judía, mucho más pequeña, es capaz de dar para su organización, no se puede dejar de sentir hondamente que los católicos no hagan más en este sentido.

Pero no es sólo el dinero el que falta. Todas las organizaciones necesitan también personal, gente joven que desee adquirir experiencia en los centros internacionales de las organizaciones, de expertos que deseen dedicar algún tiempo para ayudar a resolver los problemas a los que las organizaciones tienen que hacer frente. Esto es particularmente importante a las organizaciones católicas internacionales si desean asegurarse una presencia activa en los órganos internacionales de las Naciones Unidas, si desean formar un frente a través del cual la voz de los católicos, en un plano internacional, pueda oírse, y oírse claramente.

Un ejemplo de lo que podía hacerse

Damos un ejemplo. Muchos de ustedes habrán oído hablar de la S. U. N. F. E. D., el Fondo Especial de las Naciones Unidas para el Desarrollo Económico. La idea de Mr. Raymond Scheyven, que puede llamarse el padre del S. U. N. F. E. D., era que todas las naciones pudieran contribuir, y que de este fondo, a través de una agencia internacional, pudieran ayudarse naciones y pueblos que lo necesitaran. Parece verdaderamente—y debemos sentirlo—que S. U. N. F. E. D. va a ser una empresa muerta en su nacimiento, porque está claro que las grandes potencias prefieren gastar su dinero a través de sus propias agencias. Pero si S. U. N. F. E. D. fracasa, ¿no podrá tener éxito la U. P. F. E. S. D.? Quiero decir un fondo de pueblos unidos para el desarrollo económico y social. Y como el católico Raymond Scheyven ha empezado su cruzada en el círculo de las Naciones Unidas, ¿no podrían las organizaciones católicas internacionales lanzar una cruzada entre los pueblos unidos del mundo? ¿Sería imposible inducir a los miembros de nuestras organizaciones en esos sectores de los cuales uno puede hablar como de un sector de abundancia a contribuir con el 1 por 100 de su rédito anual a ese fondo? Nuestras organizaciones llegan a todas las profesiones y clases. Podemos encontrar al empleado y al trabajador, a la muchacha y al estudiante, al periodista y al deportista, al rentero y al profesor de Universidad. Ellos podrían prestar su colaboración. Si las organizaciones católicas internacionales damos el ejemplo, otros seguirán. Pero hay más que eso: una acción de este

tipo significaría una educación internacional de primer orden. Antes de que un pueblo dé su aportación tiene que conocer los hechos. Aquí todo un grupo de organizaciones internacionales puede tener un papel muy importante. Yo encarezco ahora a los periodistas, a los editores de periódicos, a los que trabajan en la radio, en el cine, a los educadores: debe establecerse una nueva conciencia misionera, y especialmente nuestros jóvenes deben convencerse para ir a trabajar unos años en las regiones de menor desarrollo, pagados con ese fondo. Aquí tienen una tarea particular las organizaciones de jóvenes. Yo encarezco a los Young Christian Workers, a Pax Romana, a la Unión Católica de Cooperación Internacional, que ya ha hecho tanto en este sentido, una colaboración más estrecha entre las distintas organizaciones católicas. A través de esta acción, las organizaciones católicas internacionales serán cada vez más verdaderamente internacionales y, al mismo tiempo, más verdaderamente

católicas. Por medio de este orden, nuestras organizaciones internacionales católicas evitarán el peligro de que se formen grupos apartados que se crearían fuera del conjunto de la vida internacional. Por fin, a través de este orden, nuestras organizaciones podrán lanzarse a la acción como una verdadera levadura y dar una contribución efectiva—como deben darla—para hacer que este nuestro mundo sea más agradable viviendo para la humanidad en su conjunto.

Nosotros todos, católicos, tenemos la gran responsabilidad de ver que el nuevo orden social será más cristiano y se llevará adelante con medios más pacíficos. No es una tarea fácil; nos pedirá sacrificios a todos, pero no olvidemos las palabras de Su Santidad: "Puedan todos los hombres, merced a vuestros esfuerzos, comprender que es mejor dar que recibir; que hay mayor nobleza en servir que en ser servido, más alegría en dar la propia vida para los hermanos que en conservarla para sí."

La respuesta de la Iglesia a la aspiración de paz del mundo contemporáneo

Informe del secretario general de Pax Christi, don CARLOS SANTAMARIA

La Iglesia, gran pacificadora en todos los órdenes

Notemos, además, que esta afirmación no tiene nada de utópica ni de puramente idealista. No es una expansión romántica ni un puro verbalismo.

Al contrario, como lo afirmaba el Padre Santo en 1952 en su discurso a los peregrinos de Pax Christi, la Iglesia es extraordinariamente realista sobre este punto.

Hasta cierto punto tenemos que reconocer la necesidad de la persistencia de unas estructuras internacionales imperfectas que vienen del pasado y que nosotros nos hemos encontrado. Unas estructuras que debemos transformar y mejorar ciertamente, pero que no pueden ser cambiadas por un simple propósito revolucionario de la noche a la mañana.

Más aún: la Iglesia, vieja conocedora del género humano y de las interioridades del hombre, sabe que hay quienes hacen una utilización interesada, una utilización táctica de la idea de paz al servicio de fines partidistas o interesados.

El Papa ha denunciado este fenómeno con palabras terminantes: "La Iglesia debe tener en cuenta las potencias oscuras que han trabajado siempre sobre la historia. Este es el motivo en virtud del cual la Iglesia desconfía de toda propaganda pacifista en la que se abuse de la palabra paz para disfrazar objetivos inconfesables."

La misma tentación llama a las puertas de todo positivismo político, de toda política sin sentido ni contenido moral.

Muchos católicos no han entendido el mensaje cristiano de paz

Nunca debemos olvidar que la paz es un bien de naturaleza ética y que una paz que repose exclusivamente sobre el equilibrio de los egoísmos y sobre las combinaciones tácticas de una diplomacia oportunista, ni es verdadera paz ni ofrece garantía alguna de estabilidad.

El fermento de paz que Cristo ha depositado y mantiene en su Iglesia ne-

El mundo contemporáneo siente una enorme necesidad y un profundo deseo de paz. La última guerra mundial causó a la humanidad una incalculable suma de sufrimientos; minando la conciencia moral de los individuos, contribuyó a debilitar en grado sumo la confianza de las gentes en el orden social.

Hoy, los pueblos buscan—tanteando en medio de la mayor oscuridad—las bases de un orden político internacional más justo, más humano, más estable; un orden pacífico y armonioso entre todas las naciones de la tierra.

Debemos preguntarnos si esta esperanza tiene algún viso de realidad, si no es una pura y simple ilusión. ¿Cabe evitar la amenaza de una tercera guerra mundial? La aspiración a una sociedad de naciones, dotada de poderes completos y efectivos, en la que los conflictos y los litigios internacionales fuesen pacíficamente dirimidos, ¿puede ser realizada en el mundo de hoy?

Nadie está en condiciones de dar una respuesta afirmativa a estas preguntas. Pero nadie tiene, tampoco, derecho a contestarlas negativamente, y menos aún nosotros los católicos.

Al hombre contemporáneo en cuyo corazón late un anhelo incontentible de paz, la Iglesia católica le ofrece una respuesta, la única respuesta plenamente satisfactoria que existe.

Toda la obra de la Iglesia es fundamentalmente una obra de paz. Cristo vino a dar la paz al mundo, y la Iglesia, a través de los siglos, continúa distribuyendo a los hombres ese don de paz que es el propio Cristo.

La Iglesia es la gran pacificadora de todos los órdenes del vivir humano. Es también la gran pacificadora del mundo internacional. Aun desde un punto de vista puramente humano y natural puede afirmarse que la Iglesia encierra un inmenso potencial de paz. Los políticos de buena voluntad que, aun sin ser católicos, vuelven su mirada hacia ella, considerándola como una gran fuerza al servicio de la paz, no se equivocan al adoptar esta actitud.

cesita ser actualizado hoy como ayer, en todo tiempo, y aplicado a todos los dominios de la vida de la humanidad. No sería legítimo que abandonásemos la idea y la palabra de paz a los partidarios del materialismo. Nuestra paz no se limita al ámbito de las conciencias: alcanza también el plano de las actividades públicas y llega al orden internacional.

Ahora bien, para que esta acción pacificadora pueda realizarse se precisa la acción esforzada y generosa de muchos apóstoles católicos de la paz.

No hemos de hacernos ilusiones. Los mismos pueblos cristianos están lejos de haber comprendido a fondo las consecuencias históricas de la universalidad del mensaje evangélico.

Para muchos católicos, por otra parte buenos católicos, cierto amor desor-

GUIA DE LOURDES

EL LIBRO DE LOURDES. Guía religiosa y turística de la ciudad y sus alrededores. Por Paul Lesourd, profesor de la Universidad Católica de París. 16 X 11 cms., 252 páginas, 8 fotografías, 4 planos de la ciudad y un mapa con los accesos por carretera y excursiones. Pesetas 40. Editorial Razón y Fe, S. A. Exclusiva de venta: Ediciones Fax. Zurbano, 80. Apartado 8001. Madrid.

Aumentada con los datos oportunos para los peregrinos españoles, es la traducción de la guía oficiosa editada en Francia para el centenario. El Cardenal Tisserant, presidente del Comité Internacional del Centenario, ha escrito un prefacio, en el que dice: "Esta obra se presenta como una guía del peregrino, pero es algo más que una simple guía: es una verdadera enciclopedia de cuanto se puede desear saber de Lourdes."

Efectivamente, en su tamaño reducido abarca un plan completo desarrollado con absoluta competencia en todos sus aspectos: religioso, histórico, turístico. Gran amenidad en la narración.

Tras el mencionado prefacio figura un preámbulo que contiene la encíclica de Su Santidad Pío XIII en el centenario, la carta del Papa al Cardenal Liénart, la oración de Su Santidad para el centenario y la concesión de la indulgencia jubilar. Datos interesantes sobre fechas principales, un film sobre Lourdes, Comité del centenario, organización, etc. Luego, los accesos por ferrocarril, carretera y avión. Cierra esta parte un breve esquema histórico.

La segunda es una exposición histórica y descriptiva de la ciudad santa, feudo de la Virgen: la gruta, las apariciones, extensamente referidas; la fuente, el agua, las piscinas, los tres santuarios, la iglesia subterránea, la explanada, las peregrinaciones, milagros y curaciones, el calvario, etc., etc.

La tercera parte describe el castillo y recoge los recuerdos de Santa Bernardita. Una deliciosa e interesantísima narración de lo que en cada paraje ocurrió, los diálogos y las declaraciones de los testigos y las palabras mismas de la vidente y de sus interlocutores.

La parte cuarta describe los alrededores de Lourdes y las excursiones más atractivas.

Por fin, una información sobre alojamiento y alimentación en Lourdes. Hoteles divididos en categorías, número de habitaciones, teléfono, etc.

Y un apéndice para los peregrinos españoles: "España hacia Lourdes".

denado y apasionado de la propia patria sigue constituyendo un obstáculo para una mayor plenitud de vida cristiana.

El apostolado de "Pax Christi"

todos los medios sociales, estimulando

Existe un apostolado de la paz al que el Padre Santo nos invita constantemente en sus discursos y mensajes. El movimiento que tengo el honor de representar aquí, Pax Christi, se halla precisamente consagrado a este género de apostolado.

En estrechísima unión con la Iglesia jerárquica, viviendo y difundiendo por todas partes el espíritu de paz evangélica, implorando de Dios la paz mediante la oración y el sacrificio, estableciendo relaciones entre católicos de distintas nacionalidades con vistas a una mejor y más clara comprensión de los problemas internacionales, estudiando y profundizando las enseñanzas pontificias sobre la paz y dándolas a conocer en todos los medios sociales; estimulando la investigación de los aspectos morales y de las fórmulas prácticas de un nuevo orden internacional, los miembros de

Pax Christi tratan precisamente de actualizar en el plano de las relaciones internacionales el potencial de paz de la Iglesia.

Nuestro movimiento es estrictamente católico, presidido en cada país por un Obispo.

Pero esto no significa en modo alguno que nosotros pretendamos fabricar una paz separada, una paz católica, paz exclusiva de los católicos o para los católicos, que no tendría ningún sentido.

La paz es un bien universal y a su realización deben contribuir todos los hombres de buena voluntad, todos los que están dispuestos a reconocer en su interioridad la llamada de una ley natural que condena la violencia y el imperio de la fuerza.

El mundo de las naciones tiene necesidad de paz. Aspira a ella quizá de un modo confuso y vago, impulsado tal vez más por el temor que por el amor, sin vislumbrar todavía lo que podrá ser el nuevo orden internacional.

Pax Christi ha nacido en el seno de la Iglesia para responder a esta llamada y a esta aspiración universal de paz.

Responsabilidades actuales de los católicos en el plano mundial

Informe de la Srta. M. BAERS

Estimuladas por el deseo de favorecer la paz entre los pueblos para una más justa distribución de riquezas y bienestar, amplias organizaciones intergubernamentales, surgidas después de la última guerra mundial, despliegan sus esfuerzos en todos los sectores de la actividad humana.

Esta acción humanitaria es tal vez laicizante.

La base de los esfuerzos internacionales de carácter oficial es un sentimiento de solidaridad y filantropía. Informados por el espíritu cristiano, pueden convertirse en una deslumbrante manifestación mundial del espíritu evangélico de justicia y caridad que Cristo nos pide como una aportación al mundo en testimonio de su divino amor, infinitamente misericordioso.

En otras palabras, necesitamos:

1) Una vasta información y una formación en orden a todos los aspectos de la vida internacional moderna.

2) Un estudio de planos y técnicas modernas para adoptarlos, si son buenos; transformarlos y adaptarlos, si se manifiestan insuficientes o condenables.

3) Un conocimiento, incluso del vocabulario, de la terminología en boga en los organismos internacionales, oficiales y privados.

4) Un conocimiento lo más preciso de lo que tenemos de hecho en cuestión de realizaciones católicas en el mundo.

5) Un programa general de trabajo internacional y nacional en todos los sectores de la vida temporal, pero de un modo particular en aquellos sectores que reclaman la atención y el esfuerzo de instancias oficiales.

El político católico en la comunidad mundial

Exposición del ministro de Instrucción Pública de Italia, señor ALDO MORO

El hecho histórico actual dominante es la dirección clara y rápida que han tomado todos los pueblos del mundo hacia la fusión en una única comunidad. Esto que en los siglos pasados parecía un mito inconcebible se realiza hoy a marchas vertiginosas.

Roma había ya logrado esta unificación política de los territorios que había conquistado y se había abierto progresivamente asimilando sus culturas para el concepto universal de la "societas" y de la "civitas", en las cuales pueblos e individuos habían encontrado su equilibrio.

La Iglesia católica, universal por definición, heredera de la tradición romana, había deseado ver perpetuado este estado de cosas; pero el exclusivismo

de los Estados, que en un determinado momento se manifiesta en el concepto de "soberanía nacional", se hizo necesario con el desarrollo social y económico de las naciones. Este régimen, sin embargo, dió lugar a excesos, como el totalitarismo y la autarquía.

Como consecuencia de las convulsiones políticas que han seguido a las dos últimas guerras y más aún de las revoluciones industriales que han modificado profundamente las relaciones económicas, las naciones se orientan actualmente hacia el establecimiento de una democracia universal. Paralelamente se asiste a la evolución de los regímenes hacia formas democráticas.

La Iglesia no puede menos de asociarse con complacencia a esta corriente

Dos nuevos catedráticos de la Universidad de Barcelona



MANUEL ALONSO GARCÍA
Catedrático de Derecho del Trabajo

En las oposiciones a cátedras de Derecho del Trabajo de la Facultad de Derecho, nuestro compañero Manuel Alonso García ha obtenido brillantemente la cátedra de la Universidad de Barcelona. Manuel Alonso cursó sus estudios uni-

que dirige la sociedad hacia el universalismo, hacia la cooperación internacional, de las cuales han reconocido ellas mismas la utilidad.

Por otra parte, la decadencia progresiva de los viejos colonialismos permite a estos pueblos crearse conciencia de su personalidad. Así ha venido a encontrarse sumamente facilitada esta marcha hacia el universalismo. Sin embargo, este encuentro de diversos continentes no podrá llegar a una integración sino en la medida en que se realice sobre el piano internacional, como desea la Iglesia.

El hombre político católico debe revisar el problema a la luz de estos datos, que refuerzan su adhesión a los valores universales. Verdadero ministro de Cristo, inspirándose en las enseñanzas pontificias, procederá con prudencia dando prueba de amplitud de miras, movido por la caridad. No podrá rehusar una colaboración no específicamente católica, a condición de que sea el fruto de una sólida experiencia sin consentir la mínima cesión en los principios.

Que se trate de los asuntos de la nación o de los asuntos internacionales, el político católico no perderá jamás de vista el universalismo. Servirá así a la causa de la unificación de la familia humana en el espíritu del cristianismo. Que no se olvide jamás de que es responsable del espíritu de Verdad y que debe ser un mediador entre la unidad parcial, que también tiene sus méritos, y la unidad total.

Si la Historia procede lenta y fatigosamente, la imperfección y la lentitud son un testimonio dado a la Verdad, una espera del reino de Dios en la casa de los hombres en comunión de ideas, un triunfo del espíritu.

versitarios en Madrid y coronó su brillante expediente académico con el premio extraordinario en la licenciatura y en el doctorado de la Facultad de Derecho.

Ha sido durante varios años ayudante de la cátedra de Derecho del Trabajo en la Facultad de Madrid y ha desempeñado la cátedra de Derecho político, y actualmente tiene a su cargo la de Derecho administrativo en el Centro de Estudios Universitarios. Es jefe de Administración del Ministerio de Educación Nacional, oposición que ganó hace un par de años.

Ha publicado valiosos trabajos de su especialidad, entre los que destacan "La codificación del Derecho del trabajo" y "La autonomía de la voluntad en el contrato de trabajo". Es asimismo autor de numerosos ensayos y especialmente interesante su «Presencia de los cristianos», que figura en la colección Mundo Mejor.

Manuel Alonso tiene una brillante historia en el apostolado seglar, que culminó con su designación como presidente nacional de la Juventud Masculina de Acción Católica.

Su clara vocación docente puede decirse que es una bella herencia, pues el padre y la madre de Manuel Alonso son maestros nacionales.



ALBERTO BERNARDEZ CANTON
Catedrático de Derecho canónico

El nuevo catedrático de Derecho canónico de la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona, Alberto Bernardez Canton, cursó sus estudios en la Universidad de Granada, de donde es natural, con expediente brillantísimo. Obtuvo premio extraordinario en la licenciatura.

En concurso de méritos logró una beca en el Colegio Mayor de San Pablo, al que vino para cursar los estudios del doctorado en la Universidad de Madrid. Ha sido ayudante de la cátedra de Derecho canónico de la Facultad de Derecho de la misma, y durante el curso pasado desempeñó la cátedra de esta disciplina en el Centro de Estudios Universitarios.

CONCLUSIONES DE LA I ASAMBLEA NACIONAL DE LA CRUZADA DE LA DEGENCIA

En Madrid se ha celebrado, del 7 al 11 de mayo, la I Asamblea Nacional de la Cruzada de la Decencia, a la que han asistido representantes de 23 diócesis.

En ella han intervenido algunos propagandistas, como Rafael Marín-Lázaro, Jesús Marañón y Ruiz-Zorrilla, Blas Piñar, etc., y algunas Comisiones se han reunido para sus trabajos en la Casa de San Pablo.

He aquí las conclusiones aprobadas:

1.ª Debemos todos, puesto que la Iglesia, definidora y guardadora de la ley moral, requiere a los reglares para que coadyuven a la defensa de la moralidad pública, obedecer el mandato de la jerarquía para realizar un trabajo no meramente individual, sino colectivo, colaborando en la Cruzada de la Decencia como órgano al que especialmente se ha encomendado la misión de impulsar la moralización de las costumbres.

2.ª Para ello es necesario, mediante una actuación de todos debidamente coordinada, efectuar una labor constructiva de formación de ambiente contrapuesto a la ola actual de inmoralidad pública, creando focos en que práctica y públicamente se cumplan los principios morales para luego irlos extendiendo dentro de todas las estructuras sociales en que se ha infiltrado, y en mayor o en menor grado campea la inmoralidad pública.

3.ª Existiendo, gracias a Dios, en nuestra legislación sabios preceptos preventivos y represivos en la materia, es ineludible que se inste sin lenidades la estricta aplicación de los mismos por autoridades y tribunales, formando un estado de opinión que excluya la posibilidad de que socialmente se tolere lo que moral y legalmente es intolerable. Deberá, además, instarse la promulgación de nuevas disposiciones que complementen las ya existentes en pro de la moralidad pública, siendo de señalar la suma conveniencia de que se dicte una ley de Policía de Costumbres en que se regule la doble función educativa y represiva encaminada a corregir ciertos hábitos públicos muy extendidos y tolerados, pero netamente reprobables.

4.ª La Asamblea, que ha visto con gran complacencia que España haya acogido en su legislación el principio del abolicionismo de la prostitución, entiende y espera que el Poder público dictará las disposiciones complementarias precisas para que tanto en el aspecto social como en el penal sea una realidad ese principio abolicionista, adecuando el Código penal a este nuevo régimen y fortaleciendo órganos e instituciones existentes o creando otros para la reeducación de la mujer caída y su reincorporación a la sociedad, dedicada a trabajos honrados.

5.ª Proclama la Asamblea la imperiosa necesidad, para formar un sano ambiente moral, de instar la actuación de todas aquellas personas que por sus cargos, profesiones y oficios influyen más acusadamente en la opinión y que pueden además por sí contribuir con su autoridad o con su influencia a la moralización de las estructuras de la sociedad.

6.ª Estima la Asamblea ser básico para la moralización que se vele muy especialmente por la moral dentro de la

VIDA DE LOS PROPAGANDISTAS

Bodas de oro sacerdotales

—El consiliario del Centro de Oviedo, muy ilustre señor don Eduardo Groszi Hevia, ha celebrado el 21 de abril sus bodas de oro con el sacerdocio.

Nuestra cordialísima felicitación.

NUEVO SACERDOTE

El día de San José fué ordenado de sacerdote en el Colegio Español de Roma don Eduardo Zurro Rodríguez, hijo de nuestro compañero el propagandista de Valladolid don Eduardo Zurro Llorente, secretario de la Asociación de Padres de Familia. Fué apadrinado por sus padres.

Al día siguiente celebró su primera misa en el altar de San Pío X, en la basílica vaticana.

El día 21, los misacantanos del Colegio Español y sus familiares fueron recibidos en audiencia por Su Santidad.

NACIMIENTO

El hogar del propagandista del Centro de Lérida Antonio Hernández Palmes se ha visto alegrado con el nacimiento de su cuarto hijo.

BODA

La señorita María de Guadalupe del Pozo, hija de nuestro compañero del Centro de Madrid Joaquín del Pozo Parada, ha contraído matrimonio con don Antonio Calvo.

DISTINCIONES

El Ayuntamiento de Zaragoza ha concedido por unanimidad la medalla de oro de la ciudad al propagandista don José Sinués y Urbiola y a la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y la Rioja, que dirige, como reconocimiento de su labor de ayuda a la capital aragonesa.

—El Ayuntamiento de Murcia ha designado cronista de la ciudad al secretario del Centro de la A. C. N. de P. José Ballester Nicolás, director del diario "La Verdad" e insigne murcianista.

CARGOS POLITICOS

Han sido designados miembros del nuevo Consejo Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. los siguientes propagandistas: Fernando María Castiella y Maiz, Mariano Navarro Rubio, Adolfo Muñoz Alonso, Blas Piñar López y Joaquín Ruiz-Jiménez Cortés.

—Han sido nombrados procuradores en Cortes por designación del Jefe del Estado: Claudio Colomer Marqués, Alfredo López Martínez, Alberto Martín Artajo, Fernando Martín-Sánchez Juliá, Mariano Puigdollers Oliver y José Sinués Urbiola.

—Para desempeñar el Gobierno Civil de Segovia ha sido designado Andrés Marín Martín, que lo era de Tenerife,

familia mediante la eficaz actuación de padres y educadores, cuidando unos y otros, por ser la vida de gracia base de la vida familiar cristiana, de impulsar dentro de las familias la práctica de los santos ejercicios y la concurrencia a los cursillos de cristiandad y a las ejercitaciones por un Mundo Mejor. Entiende que en esta materia todos deben coadyuvar a la benemérita labor que viene realizando la Confederación Católica de Padres de Familia.

y para el Gobierno de Tenerife, Santiago Galindo Herrero.

FALLECIMIENTOS

En Madrid ha fallecido el 23 de mayo el propagandista Jorge de la Cueva y Orejuela, al que desde hace unos años la enfermedad le había apartado de sus tareas de crítico teatral en las publicaciones de La Editorial Católica.

Jorge de la Cueva entró a formar parte de la redacción de "El Debate" en 1917, y luego, una vez terminada la guerra, continuó su labor en "Ya". Durante más de treinta años ejerció, pues, con maestría y ponderación singulares su tarea crítica. Fué asimismo profesor de la Escuela de Periodismo de "El Debate".

Junto con su hermano José ofreció a la escena española una extensa colección de obras teatrales penetradas de la más fina gracia andaluza. Fueron

también los autores del famoso himno de la Academia de Infantería.

Pero sobre todos sus méritos profesionales, realmente extraordinarios, estaban sus valores humanos. Jorge de la Cueva era hombre sencillo, afable, bueno a carta cabal, un caballero cristiano ejemplar de veras.

Descanse en paz.

—Ha muerto en Valencia don Antonio Llombart de Coya, padre de nuestro compañero de aquel Centro y ex consejero nacional de la A. C. N. de P. Antonio Llombart.

—También en Valencia ha fallecido doña María del Amor Hermoso García Martínez, madre del propagandista Pedro Sols, notario de Soria.

—En Madrid ha muerto don Francisco López de Saa, padre de nuestro compañero Alberto López de Arriba, vicedirector del C. E. U.

ACTIVIDAD CULTURAL DE LOS PROPAGANDISTAS

Congreso de Estudios Sociales

En la sesión inaugural del II Congreso del Instituto de Estudios Sociales de Friburgo, celebrado en Madrid del 7 al 10 de mayo, hizo una exposición introductoria el presidente de dicho Congreso, don Alberto Martín Artajo.

La Cruzada de la Decencia

En la primera Asamblea de la Cruzada de la Decencia, celebrada en Madrid del 7 al 11 de mayo, pronunció una conferencia el propagandista Blas Piñar sobre "La moral y la ley positiva".

Los problemas de nuestra Universidad

En la Casa Sindical de Madrid ha pronunciado una conferencia el propagandista del Centro de Granada y rector de aquella Universidad Luis Sánchez Agesta, sobre "Los problemas de la Universidad en la sociedad de nuestro tiempo".

Dos conferencias de Aquilino Morcillo

El día 13, el propagandista del Centro de Madrid y director de "Ya", Aquilino Morcillo, pronunció una conferencia en el Círculo Catalán sobre "Prensa y sociedad".

En el Instituto Alemán de Madrid disertó el día 29 acerca de las "Impresiones de un periodista sobre Alemania".

España y Europa

Invitado por la Sociedad Alemana de Política Internacional, nuestro compañero Alberto Martín Artajo ha pronunciado en Bonn una conferencia sobre "España y Europa".

El pensamiento del Papa sobre Europa

El propagandista del Centro de Madrid José Solas García, catedrático y observador en el Consejo de Europa, ha pronunciado dos conferencias en la Facultad de Filosofía de la Compañía de Jesús de Alcalá de Henares acerca de "El pensamiento de Pío XII sobre la Europa unida".

Semana de Acción Católica

El domingo día 18 se celebró en Murcia la inauguración de una Semana Preparatoria del Día de la Acción Ca-

tólica. Con este motivo pronunció una conferencia sobre "La Acción Católica, hoy" el miembro de aquel Centro José López Berenguer, presidente del Consejo Diocesano de Hombres e Inspector del Timbre.

En la misma Semana intervino también el propagandista Jesús García López, catedrático de la Universidad, que el día 22 pronunció una conferencia sobre "La Acción Católica en el pensamiento de Pío XIII".

Asamblea Nacional de Caridad

En la Asamblea Nacional de Caridad, celebrada en Zaragoza del 21 al 25 de mayo bajo la presidencia del Arzobispo, doctor Morcillo, han intervenido los propagandistas Jesús García Valcárcel, presidente de la Cáritas nacional; Juan Bosch Marín y José María Rianza Ballesteros.

Cátedra Pío XII de Cartagena

En la clausura del curso de la Cátedra Pío XII, de Cartagena, celebrada el día 24, intervino el propagandista del Centro de Murcia Jesús García López, que habló sobre "Pío XII y la Acción Católica".

Homenaje a Alfonso de Castro

En el homenaje rendido por el Colegio de Abogados de Madrid a fray Alfonso de Castro el día 29 pronunció una conferencia el propagandista Antonio Becerra Bazal, que expuso "Lo que a Alfonso de Castro debe el poder político del siglo XVI".

Inauguración del Instituto de Enseñanza Media de Jaén

En la bendición e inauguración del nuevo Instituto Nacional de Enseñanza Media Virgen del Carmen, de Jaén, presidida por el director general de Enseñanza Media, en representación del ministro, y con asistencia de todas las autoridades provinciales y locales, corporaciones y entidades, su director, nuestro compañero don Manuel Mozas Mesa, pronunció un discurso exaltando la significación del acto, acariciada ilusión que había conseguido como culminación de más de treinta años de vida docente en la silenciosa labor de cátedra, como forja de juventudes y formación de los hombres del futuro.

EL PECADO COLECTIVO, TEMA DE LA XIII REUNION DE LAS CONVERSACIONES CATOLICAS INTERNACIONALES

Se celebrará en San Sebastián del 1 al 6 de septiembre

Las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián celebrarán su décimotercera reunión del 1 al 6 del próximo septiembre. El tema de estudio es «El pecado colectivo». He aquí el manifiesto inicial

Reina en el mundo una gran confusión y miseria moral;

pero ¿quiénes son los responsables de semejante situación?

En cierto modo, el pecado se ha colectivizado.

El origen de esta situación está en los pecados personales de hombres de esta generación o de las generaciones precedentes; pero hay más que esto:

de alguna manera puede decirse que la misma sociedad está en pecado.

Claro está que la palabra pecado se usa aquí en sentido analógico.

El medio sociológico es una especie de segunda naturaleza

No hace falta describir el "estado de confusión" y de "miseria moral" en que se encuentra la humanidad de nuestro tiempo: injusticia social, malestar internacional, escepticismo, odio, fatiga, incertidumbre.

En todas partes reina una gran desorientación moral: nadie debe creerse libre de este ambiente que se nos impone y nos afecta a todos en mayor medida quizás de lo que suponemos.

Pero ¿quiénes son los verdaderos responsables de semejante situación? Nadie lo sabe. Es casi imposible reconocer a los verdaderos culpables. Incluso los dirigentes políticos y sociales más importantes creen poder justificar su propia "irresponsabilidad" fundándose en la "impotencia" en que se encuentran para poner remedio a los males.

Las buenas voluntades aisladas no bastan, en efecto, para luchar contra este estado de cosas. Se ha operado una especie de "colectivización del pecado": el mal moral se ha encarnado en estructuras y situaciones sociológicas; el egoísmo y la pasión han adoptado formas legales y moralísticas que pretenden exigir nuestro respeto y nuestra colaboración.

Es indudable que la causa, el origen más o menos lejano de esta situación, hay que buscarlo en los "pecados personales", las "omisiones culpables" y las "acciones injustas" de cada uno de los hombres de nuestra generación o de las generaciones precedentes.

Pero no debemos engañarnos a este respecto, tratando de descubrir a los responsables personales de semejante situación: no se trata ya solamente del pecado aislado, del que cualquiera puede considerarse autor o cómplice, sino de un "estado de pecado colectivo", de una atmósfera de iniquidad, en la que todos estamos sumergidos y las responsabilidades se hallan ya tan diluidas que parece suprimir los escrúpulos y adormecer las conciencias.

Ya no es sólo el pecado del mal patrono, que no paga a sus obreros el salario justo; o del político venal, que prospera a espaldas de la miseria del pobre. Los pecados de unos cuantos se han extendido, en cierta manera, a todos: se ha producido una especie de contagio o de encanallamiento colectivo y no está en manera alguna fuera del lugar el repetir la afirmación de Peguy de que "la sociedad entera se halla en estado de pecado".

En este caso, la palabra "pecado" se usa, sin duda, en sentido "analógico" y con un significado "más sociológico que teológico". El fenómeno que hemos denominado "pecado colectivo" merece en todo caso ser estudiado simultáneamente por sociólogos, moralistas y teólogos.

El medio sociológico puede ser considerado como una especie de "segunda naturaleza"; muchas cosas importantes nos son comunicadas a través de él y luego se incorporan al tejido de nuestra

y en este sentido puede hablarse de una analogía entre pecado colectivo y pecado original.

La historia bíblica nos muestra las dimensiones colectivas o comunitarias del pecado.

Las relaciones entre pecado personal y pecado colectivo deben ser estudiadas.

El apostolado no debe pretender sólo la conversión personal, sino también la conversión de las estructuras.

propia existencia. Así ocurre, por ejemplo, con los criterios morales y las normas de conducta social, las cuales son aprendidas del medio sociológico y penetran luego en nuestros hábitos sin que nos demos casi cuenta de ello.

Es, pues, evidente que la corrupción moral del medio puede introducirnos en una vía falsa o en una vía de pecado.

En una sociedad en "estado de pecado" la injusticia no se halla solamente en las almas, sino también en el aire que se respira. Existe, pues, cierta "analogía" entre el pecado colectivo y el pecado original.

De la comparación entre ambos, y a pesar de la enorme distancia que los separa, podría quizá sacarse algunas consecuencias útiles e interesantes para el análisis de nuestra situación.

Nuestro pensar individualista se resiste a considerar el pecado en su aspecto sociológico y lo mira más bien como una culpa estrictamente personal y un hecho que acontece en el interior de la conciencia. Este concepto es insuficiente: "la historia bíblica nos muestra el pecado bajo un ángulo eminentemente comunitario o social". El individuo aparece en ella "sumergido en el pueblo"; es Israel quien peca y quien es castigado. Cierto que la enseñanza de los profetas hace avanzar lentamente el sentido de la responsabilidad personal y de la conciencia individual, sobre todo a partir de Ezequiel, y que en el cristianismo sólo el pecado personal reúne todas las condiciones del pecado estricto. Pero a pesar de ello no podemos olvidar las dimensiones colectivas del pecado y que existe una especie de cuerpo de pecado dentro del cual el mal moral se comunica de hombre a hombre y se transmite de generación a generación.

El pecado colectivo, tal como lo consideramos aquí, tiene mucho que ver con el pecado personal y no es, en modo alguno, independiente de las conductas individuales. "Es causado" por faltas personales, recientes o lejanas, visibles o invisibles, y "constituye a su vez causa ocasional" de otros muchos pecados.

La relación entre pecado colectivo y pecados personales es digna de análisis. Así, por ejemplo, los pecados contra la justicia de un pequeño número de ricos insolentes pueden ser causa de hambre y de miseria material en un pueblo y al mismo tiempo motivo de escándalo para las gentes. Como consecuencia de ello se produciría una deformación de la conciencia colectiva y se llegaría finalmente a una situación de pecado colectivo en la que muchos, ricos y pobres, dejándose arrastrar por el egoísmo y la pasión, pecarían contra la caridad y contra la justicia.

Estas ideas conducen a otro problema de gran importancia práctica, que consiste en la idea que debemos formarnos del apostolado. Este no debe pretender solamente la "conversión personal", sino también la "conversión de las estructuras", a condición, claro está, de que esta expresión equívoca sea interpretada correctamente, para evitar cualquier género inadmisibles de colectivismo espiritual.

CLAUSURA DEL CURSO EN EL COLEGIO MAYOR DE SAN PABLO

Los actos de fin de curso del Colegio Mayor de San Pablo y del Centro de Estudios Universitarios comenzaron el día 24, con una fiesta en honor de las distintas personalidades que han participado en sus actividades culturales y docentes. Asistieron, entre otras, el rector de la Universidad de Madrid, señor Royo-Villanova; don Alberto Martín Artajo, barón de Benasque, director general de Asuntos Consulares, y señora de Iturriaga, embajadores y alto personal de las representaciones diplomáticas de Bolivia, Cuba, Colombia, Ecuador, Filipinas, Líbano, Panamá, Paraguay, Perú, Santo Domingo, Uruguay y Venezuela.

Acto académico

El domingo día 25 se celebró la misa de acción de gracias por el feliz término del curso, y a continuación se desarrolló un acto académico, presidido por el subsecretario de Educación Nacional, don José Maldonado, acompañado de don Francisco Guizarro, presidente del Patronato del Colegio; don Francisco Cornejo, director espiritual; don Carlos Viada y don Federico Silva, directores del C. E. U.; don Isidoro Martín, ex director del Colegio, y el actual director del mismo, señor Sánchez-Ventura.

Las actividades del Colegio

El director del Colegio, señor Sánchez Ventura, en su discurso dijo que en el orden espiritual han revestido especial solemnidad las festividades de la Inmaculada, de la conversión de San Pablo, Santo Tomás y San José Obrero, en que fraternizaron en el Colegio los universitarios con los empleados y obreros del mismo. Reseñó las diversas actividades desarrolladas en relación con el teatro, cine, la música, la literatura y el deporte. Por lo que se refiere a las actividades culturales conjuntamente realizadas por el Colegio Mayor y el C. E. U., destacan las del foro, seminarios y diálogos, en los que han participado relevantes profesores y personalidades de la política y de la administración. Terminó diciendo: "En el libro de honor del Colegio Mayor de San Pablo se abre con estas palabras autógrafas de Su Excelencia el Jefe del Estado:

"Con mi gratitud por este gran esfuerzo por la Universidad." Quisiéramos en verdad que este gran esfuerzo continuara sin un leve desmayo para seguir mereciendo la gratitud de quienes aman ciertamente a la Universidad.

Actividades del C. E. U.

El director del C. E. U., señor Viada, enumeró brevemente las principales actividades del Centro, que complementaban la exposición del señor Sánchez

Ventura. En el curso preuniversitario existen dos grupos de plazas absolutamente limitadas y compuestos en su totalidad por 75 alumnos, al frente de los cuales diez profesores seleccionados entre catedráticos y adjuntos de enseñanza media han desarrollado a lo largo del curso una profunda preparación, complementando las lecciones teóricas con las actividades culturales y viajes, principalmente a Portugal, Plan Badajoz y visita a empresas industriales y agrícolas. Los cursos universitarios corresponden a las enseñanzas de Derecho y Ciencias Económicas. Más de 125 alumnos han cursado sus estudios en ambas ramas, explicados por casi 40 profesores. El C. E. U. mantiene un estrecho contacto con los padres y encargados de los alumnos mediante reuniones periódicas con los mismos, en que se estudia conjuntamente la marcha del curso y el régimen docente. Alumnos de la Universidad son invitados a los actos del C. E. U. y los alumnos del C. E. U. participan en los de la Universidad.

Aparte de las actividades culturales conjuntas del C. E. U. y del Colegio Ma-

La tanda nacional de ejercicios, dirigida por el Consiliario nacional

La tanda nacional de ejercicios espirituales de la A. C. N. de P. se celebrará este año en la santa casa de Loyola, desde el domingo 7 de septiembre, por la tarde, al domingo 14 del mismo mes, por la mañana.

Será dirigida por el excelentísimo y reverendísimo señor doctor don Laureano Castán Lacoma, Obispo auxiliar de Tarragona y consiliario nacional de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

Las plazas para esta tanda se adjudicarán por orden riguroso de inscripción, y éstas se reciben en la Secretaría General, Alfonso XI, número 4, Madrid.

* * *

Del 7 al 14 de septiembre se celebrará, en la casa de ejercicios de las reverendas esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, de Loyola, una tanda para señoras y señoritas, a la que podrán asistir las esposas y familiares de los propagandistas.

yor, se han desarrollado varios cursos monográficos, a cargo de los señores Guasp, Villar Palasí, Iglesias (don Juan), Argamentería, Alvarez Gendín y Bayón (don Gaspar), sobre materias propias de sus disciplinas.

En los estudios profesionales se prepara para letrados del Consejo de Estado, abogados del Estado, judicatura, secretarios judiciales, notarías, registro, inspectores del Timbre, cuerpos juricomilitares y secretarios de ayuntamiento.

Exitos profesionales del Colegio y del C. E. U.

En el último curso han ingresado en inspectores del Timbre cinco alumnos, uno de ellos con el número 1; tres en secretarios judiciales, alumnos del Centro de Estudios Universitarios. Han obtenido cátedras universitarias los señores Alonso García (don Manuel), Bernárdez Cantón y Lucas Verdú, profesores o antiguos profesores; plazas en el Cuerpo de Abogados del Estado, los señores Gayo y Tomás Villarroya, colegiales de San Pablo; en el de Inspectores del Timbre, el señor Cerezo, miembro de la dirección del Colegio, y el señor Sánchez Ventura, en notarías, nuevo director del mismo.

Terminaron la carrera nueve alumnos del Colegio.

A continuación fueron impuestas las correspondientes insignias a los nuevos abogados del Estado señores Villarroya y Gayo y al inspector del Timbre señor Cerezo.

Extraordinario avance de las dos instituciones

Por último, el subsecretario de Educación Nacional, señor Maldonado, cerró el acto tras imponer la medalla de catedrático al señor Bernárdez Cantón.

El señor Maldonado dijo que en estos últimos tiempos las dos instituciones, Colegio Mayor y C. E. U., han tomado un gran impulso, han dado un avance extraordinario. La agenda de ambos ha estado repleta de trabajos, de actos de cursos, de actuaciones que concretan la auténtica labor de los centros universitarios. "Los que formamos—afirmó el señor Maldonado—los primeros grupos del C. E. U. en los momentos de grave crisis universitaria, nos congratulamos hoy contemplando cómo ese espíritu universitario se mantiene en alto grado en las dos instituciones docentes."

Los señores Bernárdez Cantón y Zurita, este último en nombre de sus compañeros que han terminado la carrera, agradecieron con palabras emocionadas el homenaje.

Finalmente, el señor Maldonado declaró clausurado el curso universitario 1957-58.

Conviene hacer un estudio sociológico sobre el catálogo de formas del pecado colectivo en nuestro mundo,

Un conocimiento auténtico del fenómeno que tratamos de estudiar no podría hacerse sin un catálogo detallado de las formas que el pecado colectivo adopta en nuestro mundo y un análisis minucioso de los casos presentados. Conviene examinar, por tanto, en esta perspectiva la "injusticia social", los "estados de odio" o de incompreensión que preparan la guerra; "la guerra" misma, con toda su cohorte de pecados colectivos y personales; "la intolerancia" religiosa como fenómeno sociológico condenable; la "incredulidad" colectiva; los "egoísmos" de los grupos sociales, que se oponen al bien común; el "nacionalismo y el racismo", enemigos

y hacer aplicación de la noción del pecado colectivo a las propias instituciones cristianas.

también del bien común universal; "la falsificación social de los criterios morales".

Como conclusión, será también necesario estudiar y hacer aplicación de la noción de pecado colectivo a las propias comunidades cristianas, las cuales no escapan al fenómeno sociológico que tratamos de estudiar: junto a conductas personales muy virtuosas pueden darse desviaciones morales en la conducta colectiva: así, la humildad personal coexiste a veces con la "soberbia colectiva"; la pobreza personal no es incompatible con una "ambición de poder y de riqueza colectivas", que no siempre sería completamente aceptable.